



LUISA FANTUL

ELLAS

editorial
cingo **gingo**

LUISA FANTUL

ELLAS

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

©Ellas.

©Luisa Fanjul.

©Editorial Ringo Rango S.L.

C/ Poema Sinfónico, 25

28054 Madrid

ISBN: 978-84-17839-80-2

D.L.: M-29141-2020

info@ringorango.com

www.ringorango.com

Impreso en España.

A ellos.

ELLAS...

Ellas...

Que me llevan y se quedan. Que me aplauden y me desvelan. Que me torturan y me aman.

Ellas...

Que un día están y al siguiente se van. Que nunca paran de pensar.

Ellas...

A las que el mundo les parece inmenso y a la vez se les queda pequeño. A las que un día soñaron como niñas. A las que han crecido de repente. A las que lloran, ríen y se sonrojan.

Ellas...

Las que no saben decir que no. Las que cuidan y protegen. Las que niegan la evidencia para no ver. Las que prefieren creer.

Ellas...

Las que buscan y siempre encuentran. Las que se prometieron la eternidad. Las que vuelan cuando no pueden más.

Ellas...

Las amigas del país de Peter Pan. Las cenicientas sin zapatos de cristal. Las Blancanieves sin madrastra. Las sirenitas con voz.

Ellas...

Luisa Fanjul

sus vidas se van desgranando a través de sus pensamientos, enfados, anhelos, sueños, frustraciones... y comienzan con la propia incredulidad de ver paralizadas sus rutinas: sus idas y venidas con los niños al colegio, sus respectivos trabajos, las compras, las lavadoras, las facturas, las cenas, y todos aquellos quehaceres diarios que tantas veces a ellas, —y todos— les ha llevado en algún momento a decir ¡que esto se pare que yo me bajo! Pues cuidado con lo que se desea... porque aquí las tenemos, a “las reinas del control viviendo en la incertidumbre” de un confinamiento no agendado, no programado.

Y así, tras la necesaria y diría vital actividad frenética después de ser confinadas, de repente cada una de *Ellas* se enfrenta a la parálisis de su propia vida y cotidianidad, y en la silla, en silencio se observan ¿Y tú? ¿Cuántas veces has pasado por la silla de pensar?

Este es el relato de una amistad, de cinco mujeres que crecen juntas, que se aman, que se saben diferentes pero imprescindibles y que como tantas otras veces han hecho, desde la infancia, desde su primera resaca, beso y último enfado, desde los paseos hasta el colegio y las tardes descalzas en los prados de su patria querida,... se han seguido apoyando, pero esta vez — como hemos hecho todos — tras una nueva versión de amistad que ha incluido un curso acelerado de

programas de audiollamadas, videollamadas... y así, tras días de asimilar a destiempo que esto va para largo, deciden plasmar y compartir, no sólo con *Ellas*, sus propias vidas.

Es una historia llena de confinamientos y de libertades que solo *Ellas* han sabido adornar en estos meses, como a lo largo de sus años de amistad, con sidrinas, humor, con amores y sinsabores, sofá, bayetas, orden y desorden, lágrimas, carcajadas, silencios... y es que estoy segura de que te verás en muchos de sus pensamientos diarios, en todas y cada una de ellas en alguno de sus días, porque todos tenemos nuestras mochilas, más o menos llenas, más o menos redecoradas o trabajadas, y porque todos en algún momento de este confinamiento hemos dejado de huir de la limpieza, del orden, de las llamadas, del sofá y nos hemos sentado en la silla, desnudado con un amigo, una hermana, o compartido la sinrazón de muchos de estos días; nos hemos aplaudido, bailado, emborrachado, llorado, cantado, pero sobre todo nos hemos reinventado.

Este es viaje al centro de las paredes de cinco hogares, de donde tantas veces han huido y tantas otras se han sentido reinas sin corona, —y afortunadamente sin virus—; es un viaje muy recomendado, necesario, que todos deberíamos hacer; el del silencio, el de la silla de pensar y, por supuesto, el de aprender. Las cinco heroínas de esta crónica lo

han hecho ¿De verdad no quieres saber cómo entran en la historia? ¿Cómo se levantan de la silla de pensar? ¿Cómo rompen el silencio y derrumban los muros no sólo de sus casas sino de sus almas?

M^a Cristina Fernández Laso

PRÓLOGO DE LA AUTORA

«De dónde vienes, adónde vas, cómo te llamas,
qué tal estás».

Podría decir que esta es la historia de una casualidad (por decir que no quede), pero no lo tengo demasiado claro (todavía).

Creo más bien que esta es la crónica de una causalidad (principio u origen de algo), protagonizada por un virus con corona o una corona con virus (ya lo sé, no es tiempo de debates republicanos, o ¿sí?) que nos confinó a vivir entre cuatro y quien dice cuatro, dice cinco, seis o siete paredes, reduciendo nuestro espacio vital a un puñado de metros cuadrados como si de una serie de Netflix se tratara.

Muchos son los que nos dicen que esto ya se veía venir. Yo debo estar muy ciega, porque más allá del cambio climático, no contemplaba la posibilidad de que nada así pudiera suceder, y eso que Stephen King formó parte de mi adolescencia temprana y tardía.

Supongo que es momento de gurús, brujas, ángeles y demonios (¡viva el Código Da Vinci!). Ya se sabe que ante la adversidad los seres humanos nos trasladamos a dimen-

podamos, al menos, cuestionar a quien parece dirigir el mundo. Al fin y al cabo, lo que no está en Internet no existe.

La cuestión, que no quiero desviarme, es que hemos vivido unos meses donde autores que que escribieron libros que ya aventuraban bichitos que llegarían de Wuhan, intereses económicos o farmacéuticas haciendo el agosto, el septiembre y el octubre, han sido protagonistas indiscutibles de programas de televisión como Cuarto Milenio o Sálvame DeLuxe (paradójico, ¿verdad?), mientras todos buscábamos nuestra cámara y los tres mosqueteros con D'Artagnan a la cabeza (Illa, Iglesias, Simón y Sánchez) nos hablaban para que no viésemos.

¿Recordáis aquel chascarrillo que rezaba de la siguiente manera?:

«¿De dónde vienes, adónde vas, cómo te llamas, qué tal estás?».

«De casa vengo, a la iglesia voy, me llamo Jaimito, qué bien estoy».

Pues eso... que a Dios rogando y con el mazo dando...

Cinco mujeres, sí, sí, cinco, son las que 7 días después de que el estado de alarma fuera un hecho en España, me piden que cuente que es lo que pasa cuando un país se paraliza (o se activa, todo es cuestión de ópticas: Univisión, Navarro o Afflelou), pero ellas no, a pesar de los pesares.

Emociones encontradas, voces temblorosas pero pulsos de hierro (inalterables). Eso es lo que me encuentro. Suspiros, miedos y medias sonrisas. Días que se antojan largos y cortos a la vez. Neveras que no pueden vaciarse. Lavadoras para las que no existen Reales Decretos y etiquetados que cobran más fuerza que nunca: ¿histéricas?

Están pre-ocupadas y ocupadas. Se han convertido en un 365/24/7 sin horarios de cierre (son un servicio esencial), pasando de la hiperactividad a la hiperconectividad (la WIFI les ha dado la vida).

Se refugian en un grupo de *WhatsApp* donde pueden hablar sin reparos (remordimientos), sintiéndose lo peor de este mundo porque mientras hay gente «ahí fuera» pasándolo fatal, ellas lo único que quieren es tener un perro para que su marido pueda desaparecer de casa, al menos, media hora, o, en su defecto, que uno de los niños empiece a ladrar para ser ellas las que puedan irse sin quebrantar la ley. Y todo esto en sentido figurado, claro.

Son mamás, hijas, esposas, amigas, profesionales y hermanas. Mujeres estanco que de buenas a primeras deben con- jugar todos los verbos a través de videoconferencias donde el ser, estar o parecer no es mera coincidencia.

Abandonan sus rutinas diarias para arrancar el motor del «me quedo en casa» y que sea lo que Dios quiera, porque si

fuera lo que ellas quieren entonces tendríamos un problema que va más allá de un confinamiento que de antemano todos sabíamos que no iba a ser de 15 días.

Quizás su tesón sea lo que más llama mi atención. De hecho, insisten y persisten en no abandonar lo que hace mucho tiempo les enseñaron: «*la mujer del César no solo tiene que serlo, sino parecerlo*». Por lo que desde el *minuto uno* se prometen no engordar ni un solo kilo, pintarse las uñas de forma regular, recurrir al tinte del supermercado (solo en caso de extrema necesidad) e iniciar clases de yoga, meditación o aerobio dependiendo del estado de ánimo y del número de calorías ingeridas el día anterior.

Adquieren, además, otro tipo de compromisos que superan con creces a los descritos en el párrafo anterior (puro formalismo) y entre los que destacan «no perder la cabeza» (de porque te estoy queriendo no me pidas la razón, pues yo misma no me entiendo con mi pobre corazón) y «ser fieles a sí mismas» (el que canta su mal espanta).

El «no» control supone otro grave problema para ellas. Controlan el despertador, los horarios del cole, el recibo de la luz, el consumo de agua, las cuentas del banco, la humedades del vecino de arriba, el gasto previsto por el Real Madrid en la adecuación del estadio a la normativa europea, los premios de la Bonoloto y los Presupuestos Generales del Estado.

Buffff... Me ahogo...

Pero acepto. Acepto el reto.

Maridar es lo mío y entre vinos, cervezas y sidra (¿sonrisas y lágrimas?), subo el telón, «enciendo» mi pluma (IMac), me pongo a escribir y... que el cielo me juzgue.

ELLAS...

REFLEXIONES EN VOZ ALTA

Y después del silencio siempre nos quedará París.

(Cómo te quiero, Humphrey)

La vida no se para. Ni siquiera cuando las circunstancias nos obligan a reducir nuestro espacio a un puñado de metros cuadrados nos permite darle al botón del *«yo me quedo aquí, adelántate tú, que si eso ya te alcanzo»*. Sin embargo, la vida, de vez en cuando, nos invita a sentarnos y pensar, nos da la oportunidad de disfrutar del silencio.

De un silencio que a veces mata, otras enamora y otras asusta. Porque hay silencios amables, silencios que obligan y silencios que destruyen. Hay silencios necesarios, silencios evocadores y silencios que reconfortan. Hay silencios que otorgan, pero también hay silencios que condenan.

El silencio puede ser cobarde o valiente, puede ser una fuente inagotable de conocimiento, puede transportarnos a un mundo maravilloso o conducirnos a un laberinto de dudas pero, sea lo que sea, el silencio siempre *«provoca»*.

Dicen que el silencio asusta (vacío) y dicen que el silencio es el único camino que nos lleva a conectar con nuestro *yo* interior (¿esto es necesario?). Un *yo* que muchos hemos deja-

do por el camino entre atascos, hijos, trabajos, matrimonios, hipotecas, alquileres o depósitos de gasolina.

Dicen que el silencio llega cuando menos te lo esperas (o ¿eso era el amor?) y que no por esperarlo llega antes (de esto si estoy segura, son los Reyes Magos), pero que cuando llega (ainssss...) no por esperado es bienvenido (hombre, con esto no estoy de acuerdo).

Y un día llegó, porque todo termina llegando, y nos obligó a callar para escuchar (¿seguro?) y fue entonces cuando se encendieron todas las alarmas (Estado incluido):

«No hay claves de acceso (¡mierda!), ni PIN de cuatro cifras ni PUK de desbloqueo. No hay interruptores que se encienden con Alexa, Google Home o Siri. Su sistema operativo no es ni Android ni IOS (¿será el de Huawei?). No tiene marca (olvídate del Hacendado) y no ve Netflix (¿seguro? estará con Movistar)».

Y todo lo que era importante dejó de serlo (o no, pero quedaba bonito).

Esta es la historia de 5 mujeres que vivieron con él; con el silencio.

Es la crónica de 5 mujeres que tras la resistencia inicial a cumplir los 40 años, y después de haber sido fieles a todos los estereotipos socialmente impuestos, se enfrentan a la

«*silla de pensar*» sin la posibilidad de levantarse (uno, dos... Freddy está en tus sueños).

¡Silencio!

Al más estilo Buñuel («El ángel exterminador»), las mujeres de este relato se sumergen en una actividad frenética tras ser confinadas en sus casas por un estado de alarma que nada tiene que ver con compañías de teléfono que pasan dos veces la factura (serán cabro... nes...), niños que vomitan en el coche de camino al colegio (¿otra vez?), test de embarazos (a pesar de tener la ligadura de trompas), finales de mes que parecen finales de año (¿de verdad solo han pasado 15 días desde la última nómina?), maridos *runners* que tienen más zapatillas de correr que ellas zapatos (esto no me lo creo, que os conozco), resacas interminables (y dura, y dura, y dura) y básculas que nunca les dicen la verdad (yo antes nunca me había hinchado así).

Son mujeres que de alguna manera vieron cumplidos todos sus anhelos en apenas 24 horas.

¿Quién dijo que no se podía tener todo?

Mujeres que soñaban con pasar más tiempo con sus hijos (¡qué mala madre soy!), que echaban de menos jornadas laborales flexibles (viva el teletrabajo), que ansiaban largas veladas con su marido con una copa de vino en la mano

(cariño, es que mañana madrugo), que odiaban las compras de última hora en el súper (vete tú, no tú, no tú...), que nunca tenían la despensa llena (ya si eso el fin de semana), que nunca encontraban el momento para hacer dieta (¿y cuando cocino?) y que sufrían ante las camas deshechas cuando regresaban a casa (cuerpo triste entra por donde saliste).

Y ahora que lo tienen todo y un poco más...

Son mujeres que reconocen que quizás eso de pasar tiempo con los hijos, «lo mismo» y solo «lo mismo», está sobrevalorado (los niños necesitan a sus amigüitos), que la flexibilidad horaria en el trabajo no siempre funciona (mira a los alemanes), que lo del vino y el marido no es un imprescindible (¿una cerveza?), que lo del súper y la despensa se soluciona en Amazon (soy fan) y que la dieta se suple con ejercicio (¿hacemos la cama?).

Tienen miedo, pero todavía no se a qué...

Tienen sueño, pero no pueden dormir...

Y tienen ansia... ansia por descubrir qué les espera mañana.

ELLAS...

Se proyectan, se miran, se escuchan, se mandan callar y se silencian. Se rompen y se reconstruyen. Se caen y se levantan, y cuando ya no pueden más se refugian y piensan...

«Siempre nos quedará París».

NOTA DE LA AUTORA: encerradas pero libres: ¡Waterloo!

No se trata de resistir, lo siento por el Dúo Dinámico, ni de sobrevivir, aunque Mónica Naranjo se empeñe en ello.

Se trata de encontrar el punto y seguido entre tantas comas, dos puntos, puntos y comas y puntos y apartes (un hurra por las Cartillas Rubio que tanto nos enseñaron).

Se trata de poner límites a los sinsabores y abrirnos a lo dulce, salado, agrio o amargo (¿alcaparras con salmón ahumado? o ¿melocotón en almíbar con atún en escabeche?). Alejarnos de sensaciones de pérdida que no nos corresponden e improvisar cuando al pasar la página no hay nada escrito.

Escucho a estas mujeres. Las escucho y las pienso. Las imagino. Las escribo y las dibujo. ELLAS me llevan de la mano.

Las conozco. A las cinco. A unas más que a otras. Las he visto crecer (a todas).

He participado de bodas, nacimientos, bautizos, oposiciones y alguna que otra salida nocturna de esas que ahora, pasados los cuarenta, añoras y recuerdas (camarero, sírvame...).

Existe un componente alto de cariño; muy alto. Un cariño muy maternal y con ciertos tintes protectores. Es posible que la razón sea que una de ellas es mi hermana pequeña.

Son de esas mujeres que no sabes realmente si hicieron las cosas porque «*ya tocaba*» o porque «*yo quería*». Manejan los hilos de su vida pero alguno de esos hilos se intuye «flojo», la pregunta es ¿podrán volver a tensarlos algún día?

No lo sé, pero merece la pena averiguarlo. Por ELLAS...

*«Por ELLAS la fuerza del sol y las madrugadas,
Por ELLAS los sueños de amor y las noches amargas,
Por ELLAS las palabras bellas, las dulces canciones...
Las flores, la música, el mar, la lluvia y el viento.
Las nubes, el color, el fuego, la tierra y el agua».*

José Manuel Soto

«Por ella»

Ufff... Continúo... Reflexiono... Regreso al mes de marzo de 2020...

Ya no importa si es lunes, martes o miércoles, la línea del tiempo no es indicativa de nada y mucho menos en este ensayo.

A estas alturas, más de una semana en «barbecho», ya hemos perdido la cuenta del número de muertos, de contagiados, de «salvados», de test falsos y verdaderos, de manifestaciones que no se deberían haber celebrado y de las que se van

a convocar cuando todo termine (adivina, adivinanza ¿qué tiene el burro en la panza?).

ELLAS... comienzan a adolecer de curiosidad, se han cansado (demasiado pronto, si se me permite la observación). Proyectan el final, pero no lo ven cercano. El optimismo da paso al pesimismo.

Cuanto más me hablan, más siento que quieren irse a Ítaca, quieren volver a su casa como Odiseo. Quieren que se vayan los Cíclopes, los Lestrigones y la fuerza del Dios Poseidón (léase entrelíneas, por favor).

Saben cuál es el camino (al menos lo intuyen)... tratan de alejar a sus propios demonios (la Santa Inquisición) con el fin de poder alcanzar lo que desean (el cielo).

Se repliegan (papiroflexia) y yo sonrío (y me sonrojo).

Y vuelvo a «mis chicas» y cuando llego a ELLAS les devuelvo una mirada de esas que te abrazan y entonces me doy cuenta que ELLAS me han elegido como guía en este «alumbramiento» (mayéutica).

ELLAS son los TOTEMS que se elevan majestuosos ante mí en un gesto de total generosidad: descalzas, sin maquillaje y antiojeras, en pijama de franela, con coleta, trenzas o diadema, sin depilar, sin manicura y sin perfumes, en Boadilla, Laviana, Alcorcón, Oviedo y la Felguera.

Lejos de Coco Channel, Bulgary o Carolina Herrera, de Stradivarius, Zara o Sfera y más cerca que nunca del Mercadona, Alcampo o Carrefour, de la plancha, la lavadora y Don Limpio y de sus hijos, padres, maridos, amantes o exmaridos, ELLAS continúan, aunque esta vez lo hacen de distinta manera, tienen que escuchar al silencio (y vuelvo al punto de partida).

ELLAS... El perro (amor incondicional), el mono (vivo), el cisne (genuino), el lobo (leal) y el murciélago (sensible).

Dolo, Irma, Chabe, Marifé y Tania.

¡Comenzamos!

Lambrusco sustituye al Danone sin lactosa y natural, abordando la operación bikini.

Ummm..., las emociones se disparan (con faldas y a lo loco).

La cuestión es que su historia, la de ELLAS, es una de esas historias que te hacen creer que todo es para siempre, aunque los abogados digan lo contrario.

Se conocieron allá por los años 80 (unas antes que otras). «Asturias es su patria y sincera su bandera» (Melendi, cástate conmigo).

De la cuenca minera. La Felguera las vio nacer y no creo equivocarme si digo que Langreo las verá envejecer. «Dures» como el carbón, dulces como «les casadielles», «salaes» como les «anchoines» del «Cantábricu», «auténtiques» como la fabada (upsss... ¿Litoral?) y fuertes como el «quesu» cabrales.

Todas tienen en común un colegio: los Dominicos, algún tío, muchas borracheras, muchas risas, muchas lágrimas y muchas fechas especiales, pero lo más importante es que si una cae el resto siempre está ahí, amortiguando el golpe. No pueden hablar de política y después de más de 30 años siguen cotorreando en los baños de las sidrerías de trapos, maridos, hijos y vecinos.

Así son ELLAS... Cachopos de jamón, nada de cecina y queso de cabra que eso «ye» «pa» los turistas.

Dolo, la primera de la lista (como me gusta Raymond Reddington, ¡oh year!).

Maestra de profesión y vocación. Mamá. 2 niños; Álvaro, 2 años y Lola, 7 años. Esposa. Hija. Hermana (la mía), amiga y pelirroja (natural, por si había alguna duda). Residente en Madrid (¿algo más reina? no te falta de «na»). La llamaban la mujer orquesta o ¿era bodhi? (resuélveme la duda, corazón).

Tímida, dulce, sensible y fuerte.

Su día a día transcurre entre niños, más niños, y luego si eso algún niño (graduada en Magisterio por la Universidad de Oviedo, que todo hay que decirlo). Vive de lo que le gusta y su máxima ambición es que todos sean felices (mi niña...). Parece más ingenua de lo que es, pero esto es cuestión de intereses (si no me entero no tengo que mojarme).

Comenzó la cuarentena antes que ninguna de sus amigas. Fiebre, tos y un fuerte dolor de cabeza la hicieron formar parte del grueso de españoles que sin prueba pero con diagnóstico, se supusieron infectados por el virus que vino de China en primera clase y sin billete (parece ser que había *overbooking*).

La hipocondría se apodera de ella en el mismo momento en el que el termómetro marca 37,7º y a través de la línea telefónica escucha «cuarentena preventiva» (¿seré yo maestro?).

Dolores ya no es Dolo, es una especie de huevo Kinder (un dulce con regalo). Tiene miedo (normal), aun así antes de abordar el Lexatin (se escribe así, ¿no?) prefiere seguir las recomendaciones del médico (¡bravo!): paracetamol y descanso (¡qué valiente!).

Lo importante es que todo llega, todo pasa y el tiempo lo pone todo en su sitio y aunque los pensamientos negativos la persigan ella parece más rápida, lo que no evita que no pierda los nervios y deje de ser «la mujer que dibuja sonrisas» (esto es lo que pone su estado de *WhatsApp*).

¡Qué mona!

Lo cierto es que Dolores nunca fue buena estudiante, prefería dedicar su tiempo a otros menesteres mucho más prácticos que teóricos. Tampoco le gustaba sobresalir. Pronto comprendió que estar en la media era sinónimo de no destacar, lo que le permitía mantenerse en el anonimato.

Los amores de barra fueron una de sus grandes debilidades, para ella siempre había una mesa libre y un chupito gratis, lo que la convertía en un «debe» de las salidas nocturnas.

Nació al pie de un tonel de sidra y creo que allí se quedó (ella sí que sabe). Le cuesta encajar un «no» por respuesta y aunque da la sensación de que manda más que Hacienda, al final por la boca muere el pez y según avanza su discurso va perdiendo fuerza como la Coca-Cola (eso sí, baja en calorías que lo «zero» está de moda).

El confinamiento le pasa factura, además, de la cuota de autónomos. Su caso es muy particular, de hecho cuando se da cuenta de que eso del COVID 19 ya no es una cosa de chinos (ni una nueva marca de cerveza) y que ha llegado a España, tiene dos pensamientos; uno para sus amigas, las que viven en Madrid (eso sí que «ye quererse») y el otro para su móvil: «¿en serio se han suspendido las clases?».

Hipersuperconectada, algo parecido a supercalifragilisticoespialidoso (pensé que no iba a ser capaz de escribirlo). Sin filtros. Habla hasta cuando no se la escucha. Le gusta llevar la batuta y la voz cantante, quizás porque está más acostumbrada a decidir que a que decidan por ella, algo que no ha elegido, le viene impuesto como el IVA.

¡Súper fuerte... tías!

Quizás Irma me resulte la más compleja de las cinco. Sinceramente creo que hace mucho tiempo decidió blindarse al mundo y echar a andar, y aunque insiste en que «ella es

Confiesa que hasta que Ayuso no comunicó que se suspendían las clases en la Comunidad de Madrid, el coronavirus no había captado su atención y es que los últimos meses no habían sido fáciles. Encajaba su divorcio: vuelvo a dormir sola, vuelvo a casa por Navidad sola, vuelvo a pagar las facturas sola...

Rápida, esta chica no se para, práctica como una clase de conducir y adivina. Solo necesitó un día de teletrabajo para darse cuenta de que la situación se iba a prolongar más de lo que nos vendían a través de la televisión.

Chabe vive con angustia y desde su burbuja pija (esto lo dice ella, no yo) los primeros momentos:

«... Estoy zumbá. Me paso el día desinfectando. Me he hecho íntima amiga del amoniaco. Somos uña y carne. Nunca pensé que alguien pudiera hacer tanto por mí en momentos tan críticos... reconozco que esto del virus me tiene fatal... ¡puto estrés!».

El apocalipsis Chabe, el apocalipsis. Menos mal que llevas las uñas pintadas...

«...Fíjate qué casualidad, cuando el señor presidente del gobierno decreta el estado de alarma iba camino de la esteticista a hacerme la manicura y como Scarlet en Lo que el viento se llevó, me juré que la cuarentena la iba a pasar con las manos perfectas».

¡Qué grande!

Más que asustada, Marifé relata sus primeros días de confinamiento con un cierto toque de incredulidad. Se sorprende ante ciertas reacciones de la gente (¿en serio?).

«Llevaban mascarillas, todos, pero no se para qué. Se las quitaban para hablar».

Mari, si es que somos «asín», de esta manera. En un país donde nos bajamos los pantalones por menos de «na», ¿qué esperabas que hiciéramos con un «tapacaras»?

A ella le toca pasar el confinamiento con su madre. Su momento vital no es fácil, acaba de fallecer su padre. Confiesa que no sabe si va o viene a pesar de su calendario de colorines, pero afirma no tener miedo al «bicho». Abandonó la hipocondría hace muchos años (pelirroja, toma nota).

Da la sensación de que Marifé es capaz de vivir el COVID-19 desde fuera. Normal, ella nunca sale de su zona de confort. En su papel de «nany» «oper» «canguro» nadie la gana. Psicóloga sin evidencia académica que justifique su rol vela por todo aquel que la rodea en un intento por no pensar si lo que tiene es lo que quiere o lo que quiere es lo que tiene.

De esta manera y totalmente volcada y entregada a no sé muy bien qué causa (nada nuevo), observa, no emite juicios de valor, le preocupa más la vuelta a la normalidad que el momento actual (este último lo controla, el otro se le escapa).

Reconoce cierta nostalgia cuando ve la calle vacía desde su ventana, pero está encantada de haber invadido la habitación de su mamá (seguro que si Freud lee esto, le encuentra alguna explicación).

Mi niña...

Dicen las malas lenguas que Marifé es un «me vale pa to». Nunca falla. Da igual que haga frío o calor. Ella siempre responde. Racional. Poco visceral. Adora las gominolas, le gusta un sofá más que a un tonto un caramelo y nunca rechaza un buen... puzzle.

Yo tampoco, reina mora. Me encantan los puzzles.

Marifé es el contrapunto del grupo, de eso no tengo la menor duda. Es la cabeza y el alma a la vez. Escucha siempre y se rige por la sensatez extrema que la acompaña desde que era una adolescente. El conformismo que aparentemente la caracteriza, no es más que la certeza de que las prisas no son buenas consejeras. Prefiere observar a ser observada, quizás, por ello, a veces, se desdibuja dejando las estridencias para otros.

«*HOLA, HOLA..., ya estoy aquí*». Esta es Tania, la quinta de la lista.

Casada, una hija; Julieta: 8 años. Empleada de banca (servicio considerado como esencial que la obliga a estar al pie del cañón un día sí y otro también).

Previsora. Muy sensible (demasiado «pa» esta vida). Reservada (pero no como los fondos). Rubia (espera, esto no es importante) y callada (tengo dudas, quizás es que las otras cuatro hablan mucho. Pensaré en ello).

Tania es la única del quinteto que realmente supo ver la que se nos venía encima, manifestando rápidamente su propio estado de alarma (me río yo del Real Decreto). Todavía recuerda ese momento. Igual que recuerda como todo el mundo se rio de ella no con ella (ojo que este matiz es importante).

NOTA: la mujer en una parte de su relato refiere pelos de punta, desmoronamiento, miedo, obsesión y ahogos (qué daño nos has hecho Simón).

La realidad es que se adelantó pero no se equivocó.

Y la «reina del mambo», entendida como una heroína rumbera (viva Wikipedia), y de sonrisa dulce (esto no quiere decir nada) vio como una vida sin mayores altercados en lo que a rutina se refiere: colegio, trabajo, amigos, gym (que no tonic), ducha, cena puesta y a dormir, se interrumpía sin darle tiempo a pensar y la bloqueaba sin darle tiempo a comprar mascarillas, guantes y comida (no te preocupes, ya no había), dejando las decisiones importantes para un fin de semana donde todo ocurriría más deprisa todavía (pero, claro, esto no lo sabías).

¡Vamos!

Tania es la gran desconocida para mí, porque es de ese tipo de personas que no son lo que se ve y no dejan ver lo que son. Su seña de identidad son sus botas; calzado en el que guarda sigilosamente las cartas de los restaurantes como prueba inequívoca de su paso por el local.

Tania se rompe, parece que se rompe, pero remonta, siempre lo hace. Es probable que no esté donde exactamente hubiera querido estar, pero no se lamenta. Acepta y calla y ya se sabe que el que calla otorga, aunque no por ello se deje pisar, esa es la diferencia entre la rubia de ojos azules y el bolso de Carolina Herrera que deslumbra a su paso y la mujer que llega a su casa y es conocedora del valor de lo que de verdad importa: su familia.

NOTA DE LA AUTORA: Domingo, 22 de marzo

El inicio...

Hacía sol. Desayunaba mientras organizaba mentalmente el trabajo de la semana que comenzaba, sin tener muy claro en que día vivía: ¿sábado o domingo?

Con un ERTE sobre la espalda, cuatro niños en casa, siete días encerrada, 16 h. de clases *online*, 7 correcciones pendientes de trabajos fin de grado y la angustia propia de

una situación nueva, reconozco que empezaba a perder la perspectiva.

Me regodeaba en mi desdicha (momentazo que solo una mujer entiende) y lo cierto es que quería seguir haciéndolo un ratito más (estaba a gustito), pero no pude. Sonaba el teléfono (mierd...), la pelirroja natural.

No me gustan las interrupciones, lo reconozco, pero no cogerlo suponía no saber qué podía querer mi hermana y la otra opción que barajé, tirarlo por la ventana, suponía quedarme sin dispositivo móvil durante una buena temporada. Pudo mi curiosidad aunque dicen que una de esas (curiosidades) mató al gato.

Y vendí mi alma al mismísimo Satanás. Hace tiempo que sueño con ganar el Premio Planeta y de repente se me abrió la puerta de la próxima edición. ELLAS querían que escribiera una historia, pero no una historia cualquiera, querían que escribiera SU historia.

El desenlace...

Uffff... Mi cabeza echa humo (esto no es raro) y noto como mis dedos se agitan nerviosos deseando alcanzar el teclado del ordenador incluso antes de saber si lo que tienen que contarme dará para un nuevo libro o para una teleserie.

Organizamos el trabajo. Sin guiones. Sin pautas. Ellas solo tendrían que enviarme vía email, *WhatsApp* o llamadas telefónicas sus sentimientos, emociones y sensaciones y yo solo tendría que transcribir.

A priori la dinámica parecía bastante sencilla. Haber sido redactora jefa en una revista ayudaba mucho...

Pero... llegaron las primeras dudas y con ellas el primer momento de aturdimiento: ¿mantenemos el anonimato?, ¿hablamos de nuestros maridos?, ¿seguro que yo tengo algo que contar?, ¿lo publicaremos?, ¿exactamente que tenemos qué decirte?, ¿cada cuanto tiempo?...

¡Chicas! ¿Respiramos?

Puñetera generación esta del pan Bimbo: blanditas y sin corteza. No sé si podré. Yo soy pragmática aunque un tanto irreflexiva. Ellas se mueven en un interrogante continuo y continuado, suelen bailar entre exclamaciones y solo pasan a la siguiente línea cuando se han cerciorado de que lo que quieren decir está bien expresado carezca o no de significado.

Aun así di el primer paso. Un paso que me llevaría a descubrirlas y que supondría el inicio de un camino que se empeñaban en pintar de color rosa sin darse cuenta del policromatismo que las rodea. Porque ELLAS son verdes, azules, amarillas y naranjas.

Y comencé a creer... y comencé a descubrir un mundo que me alejaba de las hadas para llevarme a su realidad, a la de ELLAS, y me hicieron ver que la vida es tan maravillosa como yo quiera que sea, y me hicieron añorar, llorar y reír... y entonces, solo entonces... empecé a crecer...

CAPÍTULO 2.

¿Y quién es él?

(Y en qué lugar se enamoró de mí)

NOTA DE LA AUTORA: Demasiado tiempo encerrados, confinados. Estamos en cuarentena (¿preventiva?).

Rebobino. Intento situarme en el principio. Me gustaría dar una fecha pero he perdido la cuenta. De todas formas ya había dicho que la cronología en esta historia no importa (el orden de los factores no alterará el valor del producto).

Quiero entender qué está pasando, pero no alcanzo a verlo (mido 1,54 cm. y nunca uso tacones). Analizo y empiezo a relatar en voz alta (soy auditiva, más sencillo si me escucho).

Hace ya unos cuantos días que he cerrado la puertas de casa, he tirado las llaves por el fregadero y me he puesto el traje de dormir.

El móvil se ha convertido en el centro de mi vida. El cargador que nunca encuentro es motivo de ataque de ansiedad si no aparece. No me apago ni durante la siesta.

¿Nos estaremos volviendo todos locos?

Zoom, Skype, Hangouts, WhatsApp o Facebook Live forman parte de mis rutinas, son el «debe» de mi aislamiento (qué pronto ha pasado el papel higiénico a la historia). Soy social por naturaleza y educación (mamá, gracias).

Da igual dónde suene ni cómo me pille. 5 minutos son suficientes para peinarme, colocarme estratégicamente delante de la cámara y optimizar los recursos (¡soy divina!).

Dios mío, cómo ha cambiado el cuento, me río yo de Caperucita y el lobo, de Blancanieves y los 7 enanitos y hasta de ricitos de oro.

La cosa es que empiezo a preguntarme si mi derecho a la intimidad también se ha quedado en cuarentena. Llámame, pero apaga la cámara, amor mío, ¿no te das cuenta que la posibilidad de descolgar solo con micrófono para mí no existe?, me pueden la vanidad y las ganas de enseñarte lo monísima que estoy.

Te juro que tengo la agenda como la de Salvador Illa, cualquier día empiezo yo a dar las ruedas prensa.

¡Qué estrés!

Quiero pasar todo el día en pijama y me da igual lo que digan los psicólogos y las páginas de autoayuda. Para superar esto no necesito vestirme a primera hora de la mañana y ya llevo más de una semana con la cantinela del «*qué toca hoy*»

incluso antes de levantarme: ¿camisa, camiseta o jersey? No contemplo más opciones, lo que pase de cintura para abajo es material para otro libro o quizás dos, además, de asunto mío (siempre lo ha sido).

La verdad es que si algo me ha enseñado el confinamiento es que no llevar los pantalones puestos nunca fue lo mismo que bajárselos, aun cuando la ropa interior sea de Máximo Dutti, lo siento. Fuera de toda sospecha y sin ánimo de buscar culpables, son cosas del directo.

Pertenezco a la generación X y me enamoré de Chema el panadero de Espinete a los 7 años mientras merendaba un bocata de Nocilla con Mirinda, qué esperáis de mí...

Estoy harta de la hiperconectividad que ralentiza la WIFI, hasta 7 dispositivos por hogar y me quedo corta. Esto nos acabará pasando factura, ya veréis. De hecho, hay quien lo llama evolución, pero yo prefiero hablar de involución (un, dos, tres, una pasito «pa' lante» María. Un, dos, tres, seis pasitos «pa' tras»).

¡Qué ganas de achucharte hasta desgastarte! (Eh, tú... es a ti, sí a ti).

Pero... aquí seguimos, continuamos y no paramos.

Nos envuelven los sinsabores mientras otras muchas cosas hasta ahora inanimadas van cobrando vida: me habla el

chocolate, me persigue un chorizo con patas por la cocina y la cerveza no para de gritar mi nombre, ¿quién les habrá dado voz y voto en mi casa? (Esto es culpa tuya, seguro).

Lo extraño se torna conocido, lo difícil fácil y lo fácil complejo. Duermo cuando no tengo sueño y cuando tengo sueño me toca estar despierta. Pero escribo, sigo escribiendo. Escribir me alimenta, me calma, me envuelve. Me lleva a donde quiero estar, porque mientras escribo hay un mundo paralelo que me conduce hacia donde quiero ir, hacia ELLAS.

Él llegó para quedarse y ya está aquí. Y más allá de todo lo que está pasando, es inútil preguntarse ¿por qué se enamoró de mí?

Primera quincena de abril... hacemos balance... Más de 15 días encerrados...

Ya han pasado más de quince días, ELLAS me van contando y yo intento ser fiel a lo que me envían. Es mi homenaje a estas 5 mujeres que no han dejado de sorprenderme desde el primer email.

Dolo se abre desde el *minuto uno*, quizás el hecho de hablar con su hermana lo haga más fácil. Chabe es como un huracán. Me cuesta seguirla. Su cabeza es de las que no para ni siquiera mientras duerme.

Irma parece preocupada. Comienza a intentar recuperar rutinas, pero no puede. Se le hace duro adaptarse a una vida que probablemente nunca ha tenido; siempre de aquí para allá, y ahora solo tiene el aquí.

Marifé se percibe más tranquila, sus reflexiones me acercan a una mujer sosegada, estoy segura que no habrá demasiados altercados en su *yo*. Sabe quién es, lo que tiene, lo que no tiene, lo que le hubiera gustado tener y lo que finalmente acabará consiguiendo.

Y Tania... me preocupa. Le ha costado mucho romper el hielo. No está demasiado segura de hacer esto. De momento está parada, es probable que nunca consiga que confíe en mí. Aun así, creo que podré intuirlo. Sé que hay un «*torbellino de colores*» detrás de tanta fragilidad.

Dolo

«Muchos días, son muchos días...»

¡Exagerada!

Muchos días tratando de no pensar para al final poner los pies en la tierra. Ya son más dos semanas. Talleres «pinta caras», carreras y maratones alrededor de la mesa del salón, alguna reunión de amigos por videoconferencia, manualidades con espaguetis y una sensación de agobio que no soy capaz de identificar, no sé si voy

a poder con todo esto.

Llévatelo contigo que a mí... me está volviendo loca...

Mientras barro la casa, siento que el mundo se me viene encima. He vuelto a ponerme el termómetro y me han subido unas décimas (¡puto bicho!). Me preocupo. Me ahogo. La gente ahí fuera se está muriendo.

Mi marido transporta cadáveres. Mi amigo está en el hospital, neumonía bilateral, dos días en un sofá y por fin le han dado cama, positivo. Hemos ido a llevarle algo de ropa, y nos ha atendido una señorita sin mascarilla, dice que ella ya está contagiada, ¿y nosotros?

¿Qué más puede pasar?

Lo peor de todo es que estamos en cuarentena. Sin salida.

Entonces... ¿para qué me preocupo?

No lo sé. Supongo que llevo haciéndolo toda mi vida. Es uno de esos circuitos neuronales de los que tú hablas todo el rato y que se presupone evitan que piense en otras cosas.

Aun así tengo que intentar algo, lo que sea y creo firmemente que si hago acopio de esa mentalidad germánica heredada de unas oposiciones que me empeñé en sacar a la primera y establezco prioridades, esto puede mejorar. Así que a partir de ya, he decidido que:

1. *La casa no parecerá ni será una leonera aunque me tenga que dejar las uñas en ello.*
2. *Álvaro no podrá bajarse los pantalones cuando quiera y hacer caca en el primer rincón que considere amigable u oportuno. El no quiere sentarse pero yo no quiero más regalitos de cumpleaños por adelantado.*
3. *Mi sofá no será un cuadro de Picasso y mucho menos como consecuencia de rotuladores que nadie ha cogido o yogures que no se han caído.*
4. *La puerta de la cocina nunca se quedará abierta. El aceite del suelo se quita fatal y experiencias previas me advierten que a mis hijos les parece uno de los mejores abrillantadores del mercado.*
5. *No más peleas. Como se vuelvan a tirar de los pelos les afeito la cabeza y los dejo calvos.*
6. *El Nestea se beberá en taza... cariño, (¿de verdad que estás bien?)*

Ya te he dicho que no, que estoy fatal. Pero si bebo el Nestea en vaso los niños lo ven y quieren, y no me gusta darles refrescos. Ya lo sabes.

Por cierto, he comprado una tele en el Corte Inglés. Servicio 24 horas. Álvaro ha roto la que teníamos, ¿a ver cómo se lo digo a su padre? Puedo cantárselo como la lotería de Navidad, mira es una opción, ¿cómo no había pensado antes en los niños de San

Idelfonso? Pobres, ¿tú crees que viven todos juntos o que tienen familia? A mí me encantaría que Lola cantara el gordo. Se va a enfadar, mi marido, digo, otra vez tendré que decirle que respire, no me gusta cuando se queda de color azul.

¿Al final va a ser verdad que a cada uno le duele su almorraña?

(Totalmente, reina, ¿ahora te das cuenta?, ¡qué linda!)

Ay hermanina, definitivamente creo que he trabajado de forma exagerada mi empatía y quizás suene altanero pero me pongo demasiado en el lugar del otro y cuando no lo hago e intento mirarme el ombligo me siento la peor persona del mundo.

¿Cómo ignorar lo que está pasando y seguir dibujando sonrisas? Tengo que ser fuerte y ... tengo que poner una lavadora y echarme ese contorno de ojos que nunca me he echado pero que desde que YO ME QUEDO EN CASA no hay día que no lo haga.

Papá y mamá siguen solos en Asturias, lo sabes ¿verdad?

(Fíjate, de eso no me había enterado. Tú quieres que yo también empiece a echarme contorno. Tía...)

Haz lo que quieras Luisi, porque yo ya no sé si abrir una botellina de sidra o morirme.

(Susto, Dolo, susto, siempre susto...).

Vivimos un drama y yo... sigo obsesionada con mis cuadros y, ahora, hasta me gustan. Menos mal, ya solo me faltaba meterme

*en un bucle decorativo, aunque eso podría mantenerme ocupada.
Lo valoraré.*

*No soy capaz de relativizar; o blanco o negro. Y vuelvo a ser la de
antes. Intento acercarme a la normalidad, ¿eso existe?*

*La respuesta es no y entonces es cuando la que se queda de color
azul soy yo y espero sin hacer ruido... Espero a que mi marido
se duerma, no quiero que sepa que ya estoy en este nivel, ¿dónde
habré dejado la Passiflora?*

¡No pasa nada!

*Desempolvo la toquilla de la abuela, esa que me acompañó a lo largo
de toda mi vida de interina en Cantabria. Aún puedo percibir el
olor a cocido que mantiene mi cocina... (ventila tía, no me seas
cochina...) y recuerdo los viernes en casa... (cuando llegaba del
cole, cómo ha pasado el tiempo...) y todo vuelve a su sitio, o
¿será la pastilla?».*

Irma

«Perdón, perdón, que te tengo abandonada...

(Irma, corazón, que tengo que escribir un libro...).

*Y yo que me reía de todo esto... recuerdo cuando tras el decreto casi
me vuelvo loca. Tengo la sensación de que han pasado mil años.
Me gasté 100 euros en menos de 48 horas en el súper, y todavía
sigo preguntándome para qué sirve el papel higiénico...*

(Yo también reina, no te preocupes).

No puedo más. Mi madre en el hospital, sin coronavirus pero en el hospital. Mi hermano en el centro de Madrid; es policía. El otro en el HUCA, trabaja allí. Mi marido currando y yo agobiándome con el cómo pagaré las letras de la nueva temporada.

(Qué lástima, tiene unas cosas monísimas, esta chica en la tienda...).

Las niñas...

(Sombrero, ay mi sombrero...).

A la pequeña estoy quitándole el pañal, era más fácil cuando podíamos salir, ¿por qué no nacerán controlando los esfínteres?

Odio este tiempo completo. Ahora limpio compulsivamente, plancho, pongo lavadoras, hago deberes y hasta práctico danza.

Quiero volver a mi vida. Quiero ir a la tienda, vender zapatos y estar con mis clientas. No me gusta lo que está pasando.

Y lo peor de todo es que me siento sola. Muy sola. Mi marido creo que no se da cuenta de lo que está sucediendo ni dentro ni fuera de casa. Sigue con sus rutinas. Nunca ha colaborado demasiado. La verdad es que casi prefiero que no esté. Cuando no le veo no tengo que escucharle y si no le escucho no me cabreo.

(Interesante. Para escuchar hay que ver y para no cabrearse es mejor no... ¿oler? Reflexionaré sobre ello).

Para él solo existe el ordenador; ni niñas, ni mujer. A su bola. Dicen que mal de muchos consuelo de tontos. Saber que tengo amigas en la misma situación no soluciona pero ayuda.

La cosa es que...

(¿Le quieres?).

Sí tía, sí...

¿Qué voy a hacer?

De momento, calimocho y más desinfectante...

Solo me quedan dos habitaciones de la casa por limpiar en profundidad. Cero tele, cero informativos y pocas novedades. Duermos mal y los 12 días de retraso no es que me sirvan mucho para conciliar el sueño, ya solo me faltaba un embarazo, o baja o la bajo yo.

(De eso no tengo la menor duda, a cabezota no hay quien te gane...).

Chabe

«Hoy me he enterado que llevo más 15 días encerrada. Pensaba que llevaba 11... Con esto queda todo dicho ¿no?»

(Nada que objetar, amor).

... Y ahora que estoy sola, ya está bien de ser el patito feo...

(¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? Esta chica me confunde...).

Es hora de convertirse en cisne y brillar. Brillar todo lo que pueda, pero brillar por mí misma, que nadie tape mi luz... Feliz...

(Amor, a ver si te vas a deslumbrar. Asegúrate de tener unas buenas gafas de sol a mano, los oftalmólogos no son servicio esencial aunque las ópticas siguen abiertas).

Si me preguntas qué es lo que pienso quizás creas que se me ha ido la cabeza...

(Es muy probable, pero correré el riesgo...).

Luisi, tengo súper poderes...

Te (me) explico... creo que ya había dicho que soy una maniática compulsiva de la limpieza, pues me he redescubierto limpiando de una forma diferente...

(Ilústranos, Bella Durmiente...).

Hace un par de sábados comencé a poner lavadoras como si no hubiera mañana, lo curioso no es el hecho de hacer la colada, lo importante es lo que iba dentro del bombo: SUJETADORES Y BIKINIS... no sé... nunca pensé que pudiera darme por ahí.

Si a esto, además, le unimos: mis primeros estilismos básicos de «andar por casa», que me di cuenta que mi perro se estaba haciendo

mayor y que conseguir levadura se convirtió en una obsesión, la mujer biónica a mi lado es una mera aficionada, o ¿no?

(Tengo dudas, déjame que lo piense).

Conste, que no me he dejado vencer, continuar sin peinarme, vestirme y sin mis botas de pelo hubiera sido un desatino que no podía permitirme, nunca se sabe qué o quién te espera.

Así que he hecho acopio de mi poncho gigante... (ACLARACIÓN: tuvo que retirarlo de su perfil de Wallapop...), y he vuelto a ser yo misma. La realidad es que cuando te cubre un Highly Preppy la vida se ve de diferente manera... Subidón de adrenalina... «mi poncho y yo».

(No soy pija, ni «na»...).

La verdad es que empiezo a aburrirme. Más allá de una hija preadolescente, que no para de llorar, consecuencia de un par de hormonas que no hay forma de colocarle en su sitio, nada interesante en 2 semanas.

(Chabe, ¿por qué no pones otras lavadora?)

Recuerdo mi último contacto con el exterior...

(¿El de las uñas?)

No, Luisi, no. Hablo del primer día de teletrabajo. Fue horrible, no era capaz de concentrarme. Las noticias se actualizaban cada hora y la siguiente siempre era peor a la anterior.

Lamentablemente algunos de mis compañeros de trabajo tenían razón. Estuvimos más de dos meses partiéndonos de risa del Grinchi y de la hipocondriaca de mi jefa y sus listas de supervivencia y ahora esas risas han dado paso al miedo. Soy una persona de esas que se saben de riesgo; mis bronquios son una patata y reconozco, que por encima de todo, me da miedo la soledad cuando mi hija no está conmigo, miedo, también, a que le pase algo y no me tenga cerca, miedo... mucho miedo...

Además, me he dado cuenta de lo mayor que está Kenzo... (NOTA: su perro, el mismo al que se refería en párrafos anteriores...) ve y oye muy mal, el tío duerme constantemente y me busca, me busca todo el rato, siempre a mi lado. Y yo pensando que era inmortal...

¿Quién nos lo iba a decir? Mira dónde estamos...

(¿Dónde Chabe? ¿Dónde estamos?).

Soportando memeces... ¡Viva la clase política!

Cambiamos de tercio, Huracán Chabe...

Madre mía qué lumbreras, y ojo que no me ha hecho falta hacer las Américas para darme cuenta de esto. ¿Es que no les hacen test de inteligencia de forma previa a ocupar el cargo?

Mira a Trump, a este le falta más de un hervor, en una semana Estados Unidos encabezará la lista de los contagios a nivel mundial.

Naaaa... total son cuatro gatos. Sin importancia y sin repercusión internacional, y tú... ¿le ves preocupado?

Y «pa» que hablar de España... entre Pedro y Pablo y la Montero y el «gran empotrador» entramos por la puerta grande en la pandemia. Ay... qué nos gusta dar la nota.

Son unos «iluminaos», eso es lo que son todos.

Si yo solo pido un mínimo de ética.

Trabajo para un grupo constructor e inmobiliario y la gente se está jugando los contagios en una ruleta rusa, porque la obra pública está parada pero la privada no, y quiero que se oiga bien alto y claro, están en primera línea para que otros como yo no formemos parte de la palabra del momento: ERTE. Así que OLÉ...

Y olé por los sanitarios, por la Guardia Civil, por la policía, por los militares, y por todos los servicios mínimos que nos garantizan una cuarentena sin agobios; OLÉ, OLÉ y OLÉ...

Te juro que rio por no llorar.

Si la respuesta correcta es la a, yo me quedo con la b».

Marifé

«¡Ay madre mía del amor hermoso!, hoy he salido a por el pan sin arreglarme; el mismo chándal que solía llevar a clase y la misma coleta que me había puesto para hacer deporte en casa.

Además, me he dado cuenta que necesito sol, sentarme en un banco en el parque de invierno con unos pantalones cortos y una camiseta y tostar, ya no está una para ponerse el bikini si no es en la playa donde no te mira nadie.

Por tener no tengo ni la marca del reloj en la muñeca, símbolo inequívoco del tiempo pasado en el patio haciendo recreos con los peques. Tras 16 años dando clase, no estoy morena y ya es abril, ni siquiera el escote del mandilón. Esto solo se soluciona yéndome a vivir a la lámpara solar en cuanto todo esto pase. Voy a necesitar un bono giganteeee para coger colorcillo.

(Mari, una pregunta: ¿pero tú no vives en Asturias? ¿quién se pone moreno en abril en Oviedo?).

Ya he hecho el trasvase de ropa, me escapé a mi casa, bueno es sencillo, sólo hay que cruzar la calle y tengo buenas noticias, entro en la ropa de primavera-verano. Vamos a pasar de salir en anorak a salir con sandalias y no puede pillarme desprevenida.

La verdad es que tenía que cambiar rutinas, últimamente vivo con la tele y el ordenador encendidos. De lo que echan en la tele no me entero de nada, así saqué la carrera y las oposiciones. Yo nunca pude poner la radio (me ponía a cantar), ni estudiar en la biblioteca (me aburría), así que siempre estudié con la caja tonta o en la cafetería.

Sinceramente creo que es un buen momento para recuperar viejos hábitos, y a falta de bares para trabajar, un café bien rico y una telenovela ayudan.

(Querida, si vas a seguir así abandono. Necesito un poco más de salseo o no vendemos ni un ejemplar. Vaya por delante que sabes que te adoro).

Mientras te escribía, me he acordado de mi relación con los uniformes...

(Ummm... esto ya me gusta más... ¿Hablamos de hombres?).

Uno de los primeros días, antes de venirme con mi madre a su casa, paré a una patrulla para explicarles mi situación, no fuese que me multasen por ir a cuidarla.

Los policías me miraban y asentían a todo, porque yo les daba el argumento y la solución. Debieron pensar que estaba un poco trastornada. Vaya por delante que se lo pasaron muy bien, aunque todavía no sé qué les hacía tanta gracia.

(¿El chándal y la coleta?).

La cosa es que además de ir a ver a mamá tengo dos tías segundas que viven solas y son mayores y un par de veces en semana les llevo la compra y aprovechando que estaban receptivos creí oportuno comentárselo.

Por si acaso no me creían me ofrecí a grabarme con la cámara dejando las bolsas en casa de cada una de ellas. No sé, tengo la sensación de que di demasiadas explicaciones. Aun así, no me dijeron que no al tema del video, simplemente confirmaron mis sospechas: si lo haces, nadie va a dudar de tu palabra.

Amore, si tienes algún documento gráfico de eso que refieres, lo subimos a Youtube, con más de no sé cuántas visualizaciones, nos pagan».

Tania

«¿Cuánta gente va a morir?, ¿cuándo se va acabar? Sé que son preguntas sin respuesta, pero aun así no me las puedo quitar de la cabeza. Veo las noticias y me desmorono.

Mi madre, mi abuelo, mis amigas, mis tíos, mi ahijada...

(Simón, Illa, Sánchez, Casado, Ayuso, la del Ministerio de Igualdad, la de Educación y la de Trabajo... normal, ¿en serio quieres tener la moral alta? Imposible).

Esto es una cura de humildad, no sabemos lo que tenemos. Y ahora, claro, remordimientos y añoranza. Lo primero por no haberlo sabido valorar y lo segundo porque echas de menos todo lo que antes te parecía más de lo mismo.

No me hayo.

(No te quiero, quiero a otro...).

Si trabajo tengo la preocupación de si estaré haciendo las cosas bien, pero por otro lado, sales un poco a la calle, respiras aire puro, intercambias opiniones con la gente... ¡no me gusta estar encerrada!

No soporto estar todo el día con la bayeta en la mano, nunca lo ves limpio del todo, siempre hay ropa sucia en el cubo y de la plancha ni hablamos.

No envidio para nada a las amas de casa..., qué más da que tengan tiempo para ir al gimnasio, para ir a la peluquería y para cuidarse. Es más pienso que... ¡qué feliz soy trabajando!

Con mis problemas, mis objetivos., pero sales, desconectas. Tienes tu independencia, te sientes libre...

Y qué te voy a contar de mis pintas, prefiero no mirarme al espejo...

Pues no lo hagas, acuérdate la que lió uno de esos con Blancanieves.

Las uñas sin arreglar, mis cuatro pelos ya se acercan peligrosamente a los tres colores; el mío natural, el tinte y las mechas, con unas greñas que ya no domino, ¡quiero ir a la pelu!

(Joder, y yo...).

No me apetece ni usar antiojeras, que es mi mejor aliado.

(Lo superarás, créeme).

Lo que nunca dejo de hacer, mañana y noche, es mi rutina diaria de belleza para el cutis, me encantan mis cremitas y mis potingues. Lo de maquillarnos, ya lo dejamos para cuando volvamos a salir a tomar un culetín. No veo el día de poder juntarme otra vez con los míos.

(Ya queda menos, corazón...).

NOTA DE LA AUTORA: creen que no pueden pero siguen. Hablan diariamente, me consta. Y entre dimes y diretes se apoyan como nunca lo han hecho.

Se guardan secretos para no preocuparse entre ellas, me cuentan cosas que no quieren contarse, se aferran al teléfono para descubrir sus debilidades ante mí, que en el fondo soy la gran desconocida, sin saber que poco a poco las están convirtiendo en fortalezas.

Abandonan los hábitos que en el día a día les daban seguridad. Mirarse en el espejo era lo habitual, pero ahora, algo ha cambiado, no solo se miran también se ven y aunque de momento no son capaces de sentir admiración por la imagen que les devuelve, sé que en unos meses ya no podrán olvidar a esa mujer que llevaban dentro aunque no lo sabían.

Van camino a la cordura y esta vez lo hacen sin atajos. Se dirigen a mí, pero han establecido un diálogo con ellas mismas que nunca olvidarán. Habrá un antes y un después, un renacer, un «cerrado por vacaciones».

CAPÍTULO 3.

Pregúntale...

(Por qué ha robado un trozo de mi vida).

NOTA DE LA AUTORA: confirmado. Finalizaremos abril en casa. Lo cierto es que puede parecer extraño, pero empiezo a acostumbrarme al aerobio que no adelgaza y únicamente justifica la ingesta extra de calorías que me persigue desde que el virus llegó a mi vida, a las canas que me devuelven a la realidad de los 45 y a pensar que el ordenador puede ser una buena opción si finalmente no vuelvo a casarme (no habla, el botón de encendido y pagado lo controlo yo y aunque no trae ingresos a casa el gasto de mantenimiento es mínimo, un chollito).

Y ¿ELLAS?

Siguen sin tener fe. Todavía viven el lamento continuo del ¿por qué a mí? y ¿por qué ahora? Intentan proyectar el futuro pero lo hacen desde la incertidumbre, las reinas del control definitivamente se saben sin trono.

Luchan en su fuero interno por recuperarlo y lo que realmente llama la atención es que ninguna se planteó salir a conquistar nuevos territorios, quieren más que nunca lo que

tenían aunque tampoco fuera lo que realmente les permitiera alcanzar cierto grado de plenitud que nada tiene que ver con la magia de los 40 años que nos vende el psicoanálisis.

Siguen ancladas en el yoismo y la queja.

¿Alguien ha dicho miedo? Miedo a la una, miedo a las dos, miedo a las tres, adjudicado...

Hoy me siento guerrera...

Invasada por el espíritu de «Rosi, la Remachadora» no dejo de pensar en cómo la II Guerra Mundial llevó a las mujeres a las fábricas y en cómo se articuló en torno a ellas toda una campaña de publicidad que las convertía en un pilar fundamental de la propaganda militar apelando al orgullo de «esposa», ya que mientras las «obreras» se incorporaban al mundo laboral con fecha de caducidad, sus hombres, iban al frente.

Mucho ha cambiado el mundo desde entonces (o ¿no?), y sin ánimo de abrir debates que nos enfrenten a los unas y a los otros, sí que es cierto que la sensación de empoderamiento me hace sentir bien, aunque de vez en cuando me cuestione si ciertos roles sociales no superados nos han convertido en las Remachadoras del siglo XXI: mujeres que además de trabajar fuera de casa asumen las tareas propias de otros cargos que por cuestiones culturales se asocian a un género

que, sin duda, ha demostrado que se puede aunque no se quiera. Y me explico...

Claro que puedo poner la lavadora, mientras hablo con mi jefe por teléfono, pienso en lo que voy a hacer hoy de comer y reorganizo el presupuesto del mes para pagar las extraescolares, la luz, la gasolina y la letra del coche.

Pero, ¿te has planteado si quiero hacerlo?

¿Dónde estás corazón? No oigo tu palpar...

Realidades aparte, yo sigo. Sigo con mis mujeres, con esas que a día de hoy se preguntan por qué han robado un trozo de su vida, sin saber que hace tiempo ya les habían quitado lo que por derecho les pertenecía.

Abordando lo difícil... A la carga mis valientes ...

No se trata de economía doméstica, compartir tareas es fácil, tampoco de economía productiva, todos sabemos que podemos dirigir empresas, no en vano hemos gestionado la institución familiar desde que los visigodos llegaron a España y un poquito más atrás, se trata de ir un poco más allá (camarero, una de mero...).

Escúchame... no soy mejor que tú, no te asustes, no tenemos que competir, es más sencillo que todo eso, únicamente tenemos que colaborar (los modelos *win to win* están de

moda), tu ganas, yo gano, todos ganamos (presente de indicativo del verbo ganar).

Solo quiero poder elegir y que nadie por adelantado me diga qué puedo o no puedo hacer. NO QUIERO QUITARTE NADA. No quiero ser valiente por atreverme a llegar sola a casa (cuidado que tampoco quiero hacerlo borracha), llegaré acompañada cuando tú estés en mi vida, pero mientras apareces, los límites quiero ponerlos yo.

Tampoco quiero condescendencia, el «pobrecita» me sitúa en el fondo del mar, y yo no me siento como la sirenita (oigo y escucho, toco y siento, veo y decido), y mucho menos necesito que me digas lo que tengo que hacer para situarme dentro de un orden social que se gestó en una sociedad de hombres y para los hombres. Mejor juntos, pero si tengo que hacerlo sin ti, no te preocupes (tanto cariño me abruma) podré.

Y si no, a las pruebas me remito... solo hay que mirarlas un instante para ver que ELLAS, van y vienen, pero no se detienen...

Ecos de mujer que se pierden a lo lejos, voces que se escuchan pero no gritan, palabras que definitivamente se quedan, porque ya no pueden irse.

ELLAS son el cambio de las que reivindican el color que les permite mantener una feminidad que nada tiene que ver

con la historia, mientras caminan infatigables hacia el lugar que les corresponde; el mundo de los afectos entendido como el equilibrio más imperfecto que nadie nunca haya podido tener.

Pasa la primavera, se va el verano, llega el otoño... y no le he vuelto a ver... el amor que yo quiero sigo esperando... más de 1 mes encerradas...

Dolo está desesperada. Comienza a valorar la posibilidad de hacer deporte. Prometo que esto es un hito en su vida. Empezará con el aerobio y lo que no sabe es que acabará corriendo en el jardín de su casa. Doce metros cuadrados de oxígeno.

Chabe ha cambiado de estado: de huracán a tsunami. Arrasa por donde pasa. No quiero ni pensar cómo estará el parquet de su habitación. Respiro antes de escuchar sus audios, cuánta energía por Dios.

A Irma no hay forma de apearla de un tren llamado zapatería. Empiezo a creer que eso de que nació al pie de un tonel de sidra es un mito. Nació entre cajas de alpargatas de esparto y tacones de charol, ahora lo tengo claro. No encuentra el camino. Vive su propia guerra. Rebelde con causa y sin James Dean, sin pozos de petróleo y sin Natalie Wood.

Por cierto, menuda historia la de estos dos, si el Chateau Martmon hablara... continúo, que me desvío...

Mi Mari, en su línea, tranquila y viendo pasar las horas. Nostálgica por momentos. Vivir la Semana Santa encerrada no es lo que más le apetecía, aunque poder volver al cole le da cierta sensación de normalidad que le gusta. Ella sigue aceptando. Luchar contra los elementos cuando no puedes hacer nada es perder el tiempo.

Y Tania... ay Tani, Tani que mi Ta... (en bucle). Sigue muy ausente, la que más. Es la más afectada por la situación. El sofá se ha convertido en uno de sus mejores amigos y la apatía comienza a ser signo de preocupación.

Dolo

«La casa es un vertedero. Eso es lo que deben pensar mis hijos. Ellos tiran y yo recojo. Me siento como el camión de la basura, pero sin conductor, cuando estoy metiendo la primera, me encuentro con el siguiente contenedor. Pero no pienso rendirme: la casa no puede parecer una leonera en ninguno de los casos. Nunca abandono mis listas de objetivos, soy como el desodorante. Tengo un tic en el ojo.

No me extraña corazón, conducir un camión de la basura requiere de mucho esfuerzo y concentración.

Mamá dice que son nervios, ya conoces a mamá todo lo que nos pasa es consecuencia del estrés. El problema es que yo tengo mi propia paranoia: el bicho se ha subido a mi cabeza, la misma que no ha dejado de dolerme en estos 30 días y me está comiendo el cerebro.

Esto parece que no tiene fin.

Mientras hablo contigo, pienso en la mierda que es esta vida.

La carga emocional comienza a ser muy pesada, y la angustia se apodera de mi cuerpo lo que hace que tenga que ir unas cuatro veces al baño, acompañada, claro, de mis polluelos no vaya a ser que mamá se pierda y se queden solos en casita. Tía, este intestino mío, qué sensible es a todo.

Además, sigo preocupada, ya sabes que lo de estar preocupada es una de mis taras de fábrica. Esta vez es mi marido. Sigue en primera línea, han cambiado y reestructurado turnos, pero IFEMA es su segunda casa. ¿Y si le pasa algo?

No te rías, ¿vale? echo de menos un Lexatin. Se que puede dar la impresión de lo que no es. Siempre he sido muy nerviosa, no me justifico.

Muchos años con un diagnóstico equivocado de colón irritable. ¿Te acuerdas cuando no podía ir en transporte público a trabajar porque tenía que bajarme y subirme más de dos y tres veces y suplicar que me abrieran los baños del metro? A mi no se me olvida.

La de veces que se han empeñado en decirme que todo estaba en mi cabeza... siempre cansada... los problemas para quedarme embarazada... los ingresos con dolores que no se calmaban con nada... los tratamientos interminables de prebióticos... El fallecimiento de Alejandro lo empeoró todo. Los médicos tenían ya la excusa perfecta para etiquetarme de neurótica y al final... CELIACA. Hace ya dos años de esto.

Comer sin gluten me ha dado la vida y el Lexatin pasó al capítulo de las medicinas que caducan en el armario. No hago apología de los tranquilizantes. No quiero que nadie se equivoque.

(Me emocionas, te admiro y te quiero. MOMENTAZO).

Ayer Álvaro destapó los frascos, botes y tarros del baño que estaban a su alcance. Unos cuantos, para qué nos vamos a engañar. Abrió neceseres y lo que no son neceseres. Debía ser que con las colonias y champús no tenía suficiente. Y todo, absolutamente todo, ha ido por la taza del wáter para abajo o para arriba. No lo se, estoy perdiendo el sentido de la orientación.

No veas cuando me senté a... (se dice mear, reina, no te preocupes, todos lo hacemos), pensé que estaba teniendo un cólico nefrítico y que las piedras salían de tres en tres... clon, clon, clon... y ¡no!... lo que sonaba era mi pis al chocar contra todo lo que el niño había colocado de forma tan cuidadosa en el inodoro, ¿qué hago con él?

Grité y debí hacerlo muy alto, porque se asustó. Puso la manita en su culete y echó a correr. Esto hace que me plantee si durante estos días estoy siendo más dura de lo que debo.

Joder, tía ... hasta una barra de labios de Kiko .

/Dolo, y este ¿quién es?).

Al salón venga. No paran...

¿Por dónde íbamos? Ah sí, el vertedero. El vertedero y mis hijos. ¿Cómo no? Mis hijos. ¿Soy algo más al margen de madre?

Álvaro me tiene loca y Lola lo sufre. Esto también te lo había dicho. Creo que me repito mucho. Pero es que no puedo más.

Hace un par de horas, esta misma mañana, les pedí silencio y les dejé desayunando, tenía una reunión importante con los padres de uno de mis alumnos, no llevaba más de cinco minutos cuando un chillido de esos que rompen tímpanos, me levantó de la silla.

Mi pequeño gran hombre había decidido, esta vez, que era el momento ideal para tirarle a su hermana, mi pequeña gran mujer, una taza de leche fría encima de la cabeza.

O algo estoy haciendo mal o en otra vida lo habré hecho, no lo entiendo, ¿será el karma?

No me dan tregua. Son un aquí y ahora, no saben esperar. Como siempre digo esta nueva generación es la generación del YA, la culpa de Amazon.

No pasa nada, respiro tan profundo como puedo y empiezo a disfrutar (anticipar) mi momento. Ya queda menos. Mi café de después de comer con un «chorrín» de crema de orujo, ¿no te lo había contado?

(Este detalle lo habías pasado por alto, lo siento).

Ahora hecho un poco de cremina en el café, una gran decisión, sin duda. Me relaja, ummm...».

Irma

«Déjame pensar... ¿qué te quiero contar hoy?

(¿Qué hay de nuevo, viejo?).

Mi marido continúa en línea ascendente, de todas formas creo que eso no influye en que me sienta como una Cenicienta. Asumo el papel.

(Reina, que vendes zapatos, si pierdes el de cristal siempre puedes rescatar las botas de montaña de la otra temporada).

(Por cierto, IRMA, ¿qué ha dicho el predictor?, me tienes nerviosita perdía).

Me ha bajado la regla y reconozco que estoy más tranquila.

(Sí, sí... ¿tranquila?... Acepto barco pero no mucho más).

También he agilizado el tema de la tienda, ya he anulado toda la campaña y venderé los pares sueltos del verano pasado con des-

cuentos y a no ser que cuando me dejen abrir haya un incremento de las ventas espectacular, no habrá más pedidos. Pero no lo veo, no lo veo, y no lo veo y tampoco veo al de la coleta, me genera úlceras.

(No nos metamos en política, que no está guapo, ainssss...).

Me supera ser madre, Luisi... cuando me llaman por mi nombre me derrito... yo las quiero, pero me supera. Se pelean continuamente, la pequeña es...

Búscalos Mara, búscalos, búscalos..., deja a mamá. No te vengas aquí.

Perdona, pero es que ni un audio te puedo grabar tranquila.

¿Por dónde iba? Ah sí...

El domingo decidí cocinar para toda la semana. Chus... (NOTA: el marido, hasta ahora no le había puesto nombre...) quería aprender a hacer frixuelos. Pensé que podía ser un buen momento, pero al final se escaqueó, aunque eso no significa que no dejara de hacer algo que le encanta: tocar los cojos...nes en la cocina.

(Muy de hombres, nena).

Además, hay otra cosa que no acabo de entender, si yo hago la cena me espera y cenamos juntos pero si la hace él, pasa de mí: bocata de chorizo para uno. Me encanta...

Hace unos días se hizo una tortilla individual. Lo de individual ponlo en negrita, por favor.

(Si me lo pides así, sin problemas...).

Entonces, yo decidí freír unas croquetas que me suele mandar mi madre para Carla y Mara. Esto ponlo en negrita también, quiero que todo el mundo sepa que mi madre hace las mejores croquetas del mundo.

(No te pases Irma, abusar de las negritas entorpece la lectura).

Sé que le jodió, entre otras cosas porque nunca le dejo que se las coma. Son para las niñas. Dos minutos, Luisi, dos minutos fueron suficientes para comenzar con el petardeo masculino elevado a la enésima potencia: Irma, las estás friendo mucho, Irma se te van a quemar, Irma dales la vuelta. ¿La vuelta? La vuelta te la voy a dar yo a ti...

Mis nervios me están superando, tengo muy mal carácter y me estoy volviendo muy mal hablada.

(Lo hemos notado, Irma, lo hemos notado).

Si lo llego a saber no... (¿vengo?).

Me puede la rabia, el otro día llamé a todos los del gobierno hijos de p... y lo único que he conseguido es que me bloqueen el perfil en Facebook durante una temporada. Viva la libertad de expresión. No dije ninguna mentira. Me da igual, me despaché a gusto.

Que quede claro que yo tengo mis ideas políticas aunque suelo callarlas... (¿seguro?)... Al final ser de la cuenca marca un camino, ¿y si no quiero seguirlo?

Me llamó hasta mi padre. Que si tengo un negocio, que si tengo que cuidar mi imagen, vamos hombre, ¿es que nadie es capaz de ver la que está cayendo?».

Chabe

«No sabría explicar la sensación que tengo, no creí que fuese capaz de poder aguantar esto, y lo estoy haciendo, aunque sin ellas no hubiera sido posible. Si un día estoy plof, descuelgo el teléfono y a los diez minutos se activa el grupo, luego tengo que silenciarlo, pero no importa, forma parte del proceso.

Y dicho esto no quiero volver a teletrabajar nunca, no me gusta el teletrabajo.

Me gusta mucho lo que hago. Me gusta madrugar, arreglarme, pensar qué me voy a poner, mis 20 minutos con mi café, coger mi coche e irme a la oficina.

Me gusta llegar y decir buenos días a todos, uno por uno, me gusta encender el ordenador y leer mis mails, me gusta hablar con mis compis (muchos amigos), me gusta desayunar de nuevo en el trabajo, me gusta despotricar del vago de mi compañero, me gusta hacer cámara y coffee en la fotocopidora, me gusta hablar con él (cuando no me pongo roja), me gusta que llegue el viernes y tomarme unas cañas con la Pita, en definitiva, me gusta lo que hago.

Inciso...

*...Me gustan los aviones, me gustas tú
Me gusta viajar, me gustas tú
Me gusta la mañana, me gustas tú...*

Manu Chao

Estoy cansada de oír quejarse a la gente. Del yo, yo, yo y después yo y, si eso, otra vez yo. Qué pena que seamos tan egocéntricos, qué falta de solidaridad y qué falta de empatía. Sé que me repito mucho en todo esto, pero no me importa.

Este país lleva 8.202 fallecidos y 94.000 contagiados y lo peor es que las cifras seguirán aumentando y nosotros no habremos aprendido nada, todo se olvida.

Hoy un compañero de trabajo, un amigo, ha dejado en el hospital a su madre con neumonía y probablemente positivo. Se ha despedido de ella sin saber si va a poder abrazarla otra vez. Y te desgarró el corazón oírle decir: tengo miedo...

Por cierto, lo que no te he contado es que he empezado a recibir clases de inglés. De hecho acabo de terminar con la de hoy. Llevo delante del ordenador desde la 8: 15 h. de la mañana con problemas técnicos incluidos. A mi querida hija se le ocurrió desenchufarme el PC para poner a cargar su móvil, lo que me ha llevado a la cola del VPN cuando ya estaba conectada.

Pero no pasa nada. Me siento afortunada. En la empresa tuvimos el viernes pasado las primeras noticias de ERTE. Todavía no nos han

dicho a quién le toca la lotería, aunque parece que concretamente el grupo para el que trabajo yo no lo va a hacer.

Aun así he tenido todo un fin de semana para mentalizarme. No pienso fustigarme. Prefiero hacer cardio-limpieza activa. La cuarentena está para disfrutarla, no para sufrir.

(Curiosa forma de pasarlo bien, cardio ¿qué?).

Es la primera vez en mi vida que no voy corriendo a ningún sitio: saboreo mi soledad (no me queda otra), hablo con gente que hacía tiempo que no hablaba, tengo proyectos ilusionantes; nuestro libro, mi tesoro y todo por una razón, ya no me faltan horas.

(Lo sé, es obvio que te sobran).

Dicho esto, empiezan a preocuparme mis mechas y mis uñas. Son dos cosas imprescindibles en mi vida y veo que voy a tener que convocar un gabinete de crisis en breve, ahí lo dejo.

(Genial, tomamos nota...).

Marifé

«Ya fui al cole...

(Esta chica me enamora. Todos en casa y ella en el cole. Viva Asturias, viva la fase uno y viva España. Cuidado que me vengo arriba).

Qué sensación más extraña el salir de Oviedo y solo ver un par de taxis y al camión de reparto del Carrefour. Todo parece un desierto, la autopista sin coches y un silencio que asusta. Sola casi todo el camino. Eso sí, me he quitado el mono de conducir y de cantar como una loca con el Spotify.

Cuando llegué al colegio, me invadió un vacío raro. Mira que cuando estoy allí en julio, siempre estoy sola, pero ahora era diferente, aunque tengo que reconocer que en cuanto cerré la puerta y me puse el mandilón desapareció el COVID por unos momentos para dar paso a la felicidad más completa del mundo.

El WIFI no conectaba, la impresora no me leía los pdf del lápiz de memoria, ya no me acordaba de las contraseñas, pero a pesar de todo, la sonrisa no desaparecía de mi boca.

Recibí varias visitas de mamis que venían a entregar algunas tareas y a recoger las nuevas. Al principio parecía que el distanciamiento era insalvable, pero después de estar un buen rato, poco a poco, nos íbamos acercando. Qué raro tener gente cerca y no poder tocarla.

A la vuelta ¿cómo no?, me paró la Policía Nacional.

Vaya, esto se pone interesante, ¿otra vez hablamos de uniformes?

Allí iba yo con mi justificante para poder circular. Al poli, muy agradable, por cierto, le hizo gracia que fuese directora de un colegio. Me preguntó si los había aprobado a todos, y nos echamos

a reír. Su compañero que estaba unos metros más adelantado nos miraba con curiosidad, así que cuando reanudé la marcha también me paró. ¿Te puedes creer que quería saber de que nos reíamos?

Pues sí que se aburre el cuerpo...

La verdad es que situaciones como estas me dan un poco de vidilla. Me cuesta mucho estar sin ver a la familia, sobre todo a mis hermanos. El mayor venía a ver a mamá con mucha frecuencia y ya me había acostumbrado a comer casi todas las semanas con él. Ahora tiene que cuidarse, sus defensas tienden a jugarle malas pasadas.

Tengo otra hermana sola en Madrid, no sé cómo llevaría yo eso de estar en una ciudad sin poder salir de casa y sin estar cerca de los míos. No tiene que ser nada fácil.

Al margen de todo esto, pienso en viajar. Se ha ido la Semana Santa sin pena ni gloria y yo me iba a haber marchado con mi madre de vacaciones a la playa. Tenía pensado inflarme a Ribeiro y marisco.

Me he quedado, además, sin ver a mis sobrinas. Dan mucha lata pero las adoro. Cuando vienen quiero matarlas: todo lleno de ropa, la plancha del pelo sin guardar, sesiones interminables de películas ñoñas... qué te voy a contar. Me encantan mis niñas.

(Decidido, de mayor quiero ser como tú...»).

Tania

«Hoy sí que es un día difícil, un día muy triste, domingo de Ramos, tradición por excelencia, andar a la carrera desde primera hora, bajar a La Felguera a buscar a mamá, a la tata y a mi ahijada e ir a bendecir el ramo a Riaño, y mientras los demás están en misa, nosotras ya vamos con güelito a tomar el vermut y después comida familiar.

Un domingo de Ramos en pijama, ¡qué va!, eso sí que no lo puedo consentir. Mi hija y yo estrenamos ropa como todos los años, a mi marido le hemos puesto una camisa y derechitos al salón, a tomar el aperitivo.

(Tania que yo me entere, ¿vestido nuevo en pleno confinamiento? Me rindo a tus pies, a los de la compra online y a los de las aceitunas rellenas del vermouth).

Lo único que me faltaron, porque no llegué a tiempo, fueron los zapatos de Juli, pero no importa, descalza, pero monísima con palma y todo.

Tenemos que llamar a la madrina por videoconferencia, no puede faltar...

Qué duro... me cuesta todo más de lo que pensaba. En teoría no me falta de nada, pero a la vez me falta todo, me siento vacía.

Este bicho cada vez nos pone las cosas más feas. Lo digiero muy mal, en ocasiones tengo la sensación de que no puedo con ello.

(Sal de frutas, la de naranja tiene un pase).

Llega un momento en que no tengo fuerzas ni para hacer un poco de deporte. No paro de comer. La ansiedad me devora, no me vale una galleta, no... Hasta que no como el paquete entero no me quedo contenta y después, evidentemente, me entran remordimientos por no conseguir comer sano y mantener una dieta equilibrada.

Ni siquiera tengo paciencia para aguantar a Julieta ¡prubina! No da nada de guerra. Ella hace su vida: juega, ve la tele, baila..., y yo me siento fatal, no me apetece jugar con ella ¡qué mala madre soy! Eso sí, sus abrazos son los que me dan fuerza para seguir.

(Tania. Confesión por confesión. A mí tampoco me apetece jugar con los míos. Prefiero un bocata de calamares y una cerveza. No veas la fiesta dopaminérgica que se monta en mi amígdala).

No se me quita de la cabeza mi madre, viviendo sola, trabajando codo con codo con el virus y como nunca se preocupó de cuidarse... Fuma como una carretera, tiene tos todo el año, pienso que si la coge el bicho... bufff... sudo en frío.

Continuamente me pregunto por qué nos ha tocado vivir esta situación. ¡Por Dios! Para dos días que estamos aquí. No nos lo merecemos.

Cada día que pasa tengo más claro que soy débil, psicológicamente muy frágil, no me veo capacitada para salir de todo esto.

Mis amigas quieren hacer proyectos nuevos, cosas diferentes para no caer en la monotonía en las que estamos sumergidas y yo confieso que en ocasiones, me apetece apagar el móvil para no leerlas. No me veo con fuerza.

Me siento un poco rollo..., pero lo único que quiero es estar "echao-na" en mi sofá comiendo chocolate.

(Realmente contigo tengo un problema. Me dejas sin palabras»).

NOTA DE LA AUTORA: Y un día dejaron de creer y entonces dejaron de volar. Y no había polvo de hadas, y decidieron abandonar. Y se fueron al bosque y comprobaron que todo puede esperar, que nada es para siempre, que el alma no es materia; que es la esencia, que es el fin.

Y un día con el alba, con el rocío y el mar, con la montaña y el fuego, con la tierra y la verdad. Con la manzana y la rueca, con las trenzas y una flauta, con los pájaros, la bruja y la madrastra, regresaron al paraíso de una historia interminable, al país de Nunca Jamás.

Y llegaron. Llegaron cansadas. Y descubrieron. Descubrieron que todo seguía igual; los espejos, los castillos, los piratas, las sirenas y la magia. Y confundidas entendieron que nunca debían haberse ido, que nunca deberían haber crecido.

Y solo entonces supieron que la bondad reside donde habita la ingenuidad, en la mirada de un niño, en la sonrisa de unos ojos que solo quieren soñar. Se proyectaron en el éxito cuando aún podían volar. ¿Por qué perdemos el rumbo si el tic tac nunca deja de sonar?

Y por eso y tras varias lunas, volvieron a la realidad; despegaron con sus ganas, con su fuerza y sus alas de algodón. Acariciaron a las nubes, besaron a la tormenta y al sol. Le hicieron el amor a la vida y, de nuevo, fueron ELLAS.

Peter Pan perdió la memoria y ¿qué?; ELLAS han vuelto a volar.

CAPÍTULO 4.

Es un ladrón...

(¿Que me ha robado todo?).

NOTA DE LA AUTORA: comienzo a percibir cierta rabia o apatía, no lo sé muy bien. Protestan demasiado. Cualquier motivo es bueno para hacerlo. Se acercan peligrosamente al conflicto; su conflicto. Un conflicto que no tiene nombre de virus y que nada tiene que ver con vacunas o retrovirales, más bien es una toma de conciencia que las ha pillado de sorpresa.

Estamos a principios de mayo...

Saltamos de las conversaciones más triviales a las más intensas. Desvío su atención. Las llevo de la mano. Intento aligerar su carga. Me gusta oírlas reír cuando comparto con ELLAS momentos editoriales y les hablo de la presentación del libro. Las siento ilusionadas y eso me hace fuerte. ELLAS también me ayudan.

Me gusta cuando me cuentan que ya tienen vestido elegido, que les encantaría leer todo lo que he escrito, que les adelante algún capítulo. Quieren verse dibujadas en papel. Me gusta su impaciencia. Pero lo que más me gusta es escucharlas repetir y repetir esta es nuestra historia. Somos nosotras.

Y durante un instante mi ensayo pierde sentido, el complejo mundo de los pronombres lleva a estas letras de la tercera persona del plural a la primera. Y entiendo y me encanta.

Recuerdo que hace no muchos días sus hijos fueron tema de conversación. Celosas de la intimidad de sus niños (yo creo que se han tomado demasiado en serio eso del Planeta) no sabían si era correcto que les nombrara. Finalmente, las reinas del pánico, me hicieron volver al principio y retocar los primeros párrafos para añadirlos. La cuestión es que de repente tuvieron claro que sus enanos merecían su minuto de gloria. ELLOS tienen que estar aquí.

ELLAS quieren que comprendan. No quieren que olviden.

No olvidarán y os aseguro que comprenderán chicas, lo harán. Pero darles tiempo. No pasan de los once y entre todos no suman más de 40 años.

ELLOS son sus héroes; inquietos y traviesos. A veces, divertidos y otras tantas insufribles. Se adaptan sin pedir explicaciones, pero también sufren.

Los más pequeños se acercan valientes a la puerta de casa y llorando reclaman un parque que está cerrado y los mayores maduran a pasos de gigante, cuidan y aleccionan a sus hermanos adoptando roles que no les corresponden, pero todos, perciben e intuyen la tensión de un encierro que les

ha dejado sin sus amigos, su bicicleta o su pelota y que les devuelve como premio una mascarilla y un distanciamiento al que no están acostumbrados. Abrazar es un hábito y desabrazar, si se me permite el neologismo, un volver a empezar.

Han cambiado el *cole* por un salón, Disney Channel y una *play*. Los deberes son más un ejercicio de fuerza de voluntad que un ejercicio de aprendizaje. ELLAS lo saben. No son las únicas que sobreviven. Saben que comienzan a pedirles cosas que van más allá de sus posibilidades.

ELLOS las hacen pequeñas. Las hacen sentir culpables y esto las obliga a pelear contra un estereotipo que las sitúa entre la buena y la mala madre. Entre la mujer que entregada a no sé qué causa convierte la vida de sus hijos en la suya propia y la que construye una ecuación donde todas las X se despejan de una forma autónoma pero entrelazada.

Álvaro no para. Es un terremoto emocional. Intenso. Exige mucha atención aunque también da mucho cariño. Dolo se deshace con su sonrisa pícaro, abierta, sin complejos. Habla mucho pero no se le entiende nada. Su lengua de trapo le hace tan achuchable...

Lola es toda una señorita. Coqueta, viva. Muy presumida. Asume el papel de amiga de su madre, de confidente. Quiere ser mayor, porque ella se siente mayor y se hace responsable de tareas que hasta entonces nunca había realizado: recoger

la mesa, poner el lavavajillas... Tiene mucha luz. Es brillante, rápida y observadora. Y sus ojos... ¿qué puedo decir de sus ojos? Siempre abiertos, muy abiertos. Se come la vida.

Daniela es una pequeña constelación de 11 años. Muy guapa, guapísima si se me permite. Transita entre la niñez y la adolescencia, y en el cambio se percibe como un refugio de paz para Chabe, quien se descubre ante su hija a la que cariñosamente llama «chusqui», con una admiración propia de quien sabe que ha hecho bien las cosas.

Mara es otro pequeño terremoto pero con nombre de niña. Todoterreno. No hay muro que no pueda saltar o derribar. Su debilidad por abrir y cerrar cajones casi vuelve loca a Irma.

Carla es la dulce como la miel. Frágil de apariencia pero tiene una fuerte personalidad a pesar de su corta edad, algo que no impide que sea extremadamente tímida.

Julieta es tranquila. Cercana. Comprende más de lo que un niño debería entender. Diría que la sensibilidad de la que hace acopio la acerca mucho más a Tania. Madurez, quizás sea este el mejor adjetivo que describe a esta «muñequina» de apenas 8 años.

Las entiendo, yo también soy madre. Yo también miro a mis niños y pienso que no lo estoy haciendo bien. Pasan muchas horas solos. Trabajo demasiado y he dejado de hacerles cos-

quillas en el sofá. Alberto se queja, me recrimina que ya no le abrazo tanto. Es tan especial... siempre lo ha sido. Habla con los ojos y escucha con el corazón, y Miguel, se aísla, su habitación es su refugio. No me busca, o quizás es que no me encuentra. Autónomo, independiente y... adolescente. El chico de los grandes ojos azules camina hacia la edad adulta sin prisa pero sin pausa. Será un gran tipo, de esto estoy segura.

En este barco ELLAS y yo navegamos juntas. ¿Quién nos está robando un trozo de nuestra vida?:

«Ellas, las de los contrastes, las del frío o calor, las del blanco o el negro, las del puedo o no quiero, las que rugen, se despiertan, se despeinan y gritan, ahora comienzan a entender que en los extremos se sitúa el miedo a ser lo que de verdad siempre han querido ser».

Más de mes y medio encerradas... Hace dos años y un día que vivo sin él... hace dos años y un día que no le he vuelto a ver...

Dolo somatiza absolutamente todo, solo Patri Jordán con sus videos de aerobíc consigue sacarla del patio de su casa que ya más que particular es público pero con el acceso restringido.

Qué lastimilla mi niña, aire puro sin más perspectiva que una puerta roja que cada vez que atraviesa se marea.

Chabe baraja más escenarios. Está deseando salir, se imagina un *qué pasará* muy especial para ella, quiere estar sola y esto sí que es una novedad. Un crucero, una playa, una montaña. Cierto es que por momentos duda *«quizás eso de sola sea un tanto extremo, ¿qué tal un excursión organizada donde no conozca a nadie?»*. (Corazón, yo sé de un par de grupos de singles que pueden interesante, te paso contacto en cuanto me digas).

Irma, por su parte, continúa muy enfadada. Consigue reconciliarse con su marido, pero no con el resto del universo. Ni siquiera las líneas ICO que ha abierto el gobierno logran calmar su desesperanza. Yo creo que debería irse con Chabe de vacaciones y de paso sacar a la pelirroja de su feudo de baldosas naranjas.

Marifé en su mundo, mejor así, no vaya a ser que al final sea ella la que solicite el ICO, llame desde el jardín de Dolo a un grupo single y termine en la playa con alguno de esos policías que de forma tan amable interrumpen su paseos matutinos.

Y Tania... ¿qué puedo decir de Tania? Creo, aunque no me lo diga, que lo único que la calma es escuchar a los Amaya *«Vete, me has hecho daño, vete... vete de aquí»*.

Dolo

«Nena... (esa soy yo...) no te lo iba a decir pero... no puedo callarme. Allá voy. Qué sepas que van a abrir una morgus al lado de tu casa... (perdona, ¿una qué?...) Sí, sí prepárate.

(Hay cosas que no cambian, y Dolo es un claro ejemplo de que pase lo que pase sus caderas no ensanchan sino que «enchanchan»).

Necesito un respiro, no puedo más. Estoy sola todo el día. Empiezan a dolerme hasta las muelas. Dicen que puede ser del bicho, he leído que hay muchos casos de infecciones de boca post COVID. ¿Tú te crees?

La cuestión es que el gobierno no considera a los dentistas un servicio de primera necesidad y solo atienden urgencias, entendiendo por ello única y exclusivamente la extracción de una muela y la mía se pongan como se pongan es mía y no me la va a sacar nadie, ni ahora ni nunca.

(No te tenses tanto pelirroja, que se te va a caer el pelo...).

El dolor comienza a ser horroroso, pero confío plenamente en el odontólogo que me recomendó Chabe. Receta vía email, antibiótico y listo.

La suerte es que quizás en pocos días tengan que mirármela y podré salir. Aunque, por otro lado, no si quiero. Cada vez que

voy al súper y veo a la gente con la mascarilla mirando al de al lado con cara de fuiste tú, me mareo. Literal. Se me nubla la vista y tengo que dejar la compra. Fíjate que el otro día en el Alcampo era incapaz de encontrar la comida para celíacos y después de preguntar tres veces me tuve que ir. Lo que no sé es si me pudo la vergüenza o la impotencia.

Y así voy, un día «pa lante» y dos «pa tras».

Por cierto, que no sé si lo sabías. Súper fuerte tía, ahora mi marido corre por casa, y, lo que es peor, ha quedado para hacer una maratón este domingo en el salón, ¿dime si esto es normal?

El que corra, que ya, si eso, yo sigo cuidando de los niños. Ni un minuto, ni un minuto para mí, cualquiera diría que me paso el día en casa.

Y otra cosa, antes de que se me olvide, si con el antibiótico dejo la crema de orujo, ¿qué me queda?

(¿Agua, Coca cola, leche, chocolate?).

Lo tengo claro, cafetín con magdalenas y que siga pasando el tiempo. He empezado a adelgazar. Esto de saltar delante de la tele funciona. Viva Youtube.

Nena... (sigo siendo yo...) tengo, además, un problema muy grande... (sorpréndeme...). Últimamente hablar con la gente me pone de mal humor, no entiendo muy bien las conversaciones, creo que si esto dura mucho acabaré siendo asocial.

Me aburro, la apatía me persigue, no me concentro ni para ver la televisión Venga va, reconozco que veo Padres Forzosos, me devuelve a casa con papá y mamá. Es igual que cuando echo colonia de bebé por un tubo, ese olor me reconforta y me hace sentir bien.

¿Crees que tendrás suficiente para hoy?

(Gordi, no es cantidad es calidad y entre la maratón del domingo de tu marido en casa, la seguridad que puede llegar a proporcionarte un litro de Nenuco y la morgus, ya tengo material suficiente para un tratado de psicología transaccional; el feo, el bueno y el malo, qué buena peli...»).

ACLARACIÓN DE LA AUTORA: Morgus, lugar dónde se vela a los muertos, más comúnmente conocido como morgue.

Irma

«Me resigno. Mi actividad económica a partir de ya comienza a ser reproductiva... (¿qué?...). Reducir pedidos, transformar la tienda en un outlet, salvar el barco como se pueda y luego... ¿existe un luego?

Tía que viene una muy gorda. Vamos a la guerra. ¿Qué digo? Esto es una guerra.

Nadie me entiende. Si hablo con mis amigas me dicen que el dinero no importa que mientras haya para comer el resto se puede aparcar.

Joder, que vendo zapatos. Yo no soy el Mercadona y hasta donde yo sé lo que tengo en el almacén no es comestible.

He pedido un ICO. Más pufos. ¿Es que eso no cuenta?

¿A que lo tiro todo por la ventana? Resuelvo. Pido la excedencia, vuelvo al Primark, que me manden al quinto carajo y me piro.

(Reina mora, ¿«pa» dónde vas a ir?).

Me sigue enfadando mi marido... Me levanto antes que él para no ver lo que hace cuando se levanta primero. Play, café y churros, «pa» que voy a subir la persiana y abrir la ventana. ¿Ventilar? ¿Qué coño es eso?

(Irma, hay palabras que para los hombres no existen aunque estén debidamente recogidas en la RAE).

(Ay madre; ahora sí que no vendemos ni un libro).

¿En serio, tía? ¿Ni el desayuno a las niñas?

Me escapo de vez en cuando a la cetárea a comprar marisco... (tú sí que vales...) es mi terapia, hablo a una distancia de dos metros con mis amigos... (¿en la que...?). El COVID 19 elevará la tasa de divorcios, seguro. Yo de todas formas me resisto, son palabras mayores, siempre he pensado que hacíamos un tándem perfecto. Llevamos muchos años juntos, por algo será ¿no?

Cambió. De repente, se levantó y me ayudó a limpiar.

(Céntrate que me pierdo, ¿quién?).

Chus, Luisi, Chus.

Se integra. Puedo ir a la tienda, y se queda con las niñas. Creo que me oyó hablar con las chicas. Las llamé, no podía más. Si te digo que le quiero, ¿lo escribirás?

(Sin duda Irma, soy una romántica empedernida...).

El jueves que viene por la tarde se queda en casa, para que yo pueda ir tranquila a trabajar.

Echo de menos la Semana Santa. ¿Otra vez los deberes? Del papel higiénico a las mascarillas.

¿Quién coño me va a comprar zapatos? Ni ICO, ni su put... madre... (cómo me gusta esta chica...). Sé que de esto se sale, pero...

¿Qué mundo les espera a mis hijas? Es como que no se acaba, no vamos a volver a la normalidad, el bicho no se muere. Me he liado a comprar mascarillas y casi quedo sola, lo veo muy negro.

He subido a las báscula ya van tres kilos... (qué valor tienes, Irma...). La madre que me parió».

Chabe

«Y llegó, llegó el ERTE a mi vida y como era de prever no llegó solo. Ese mismo día mi exmarido me la lio parda, ¿Covid? CONVENIO.

¿Cómo puede ser tan difícil separarse? Nunca me había escrito tantos WhatsApp, ¿volveremos a ser novios? (Ironía... somos novios, nos queremos...). En el fondo me divierte, me mantiene entretenida. Además, no puedo hacer nada. El abogado solo atiende al teléfono y estas cosas no son de primera necesidad.

(Vamos a ver, que yo me entere, él te la lía parda pero tu ¿sigues enviándole tortilla recién hecha? Querida, si lo llevo a saber antes me caso contigo yo solo para divorciarme).

Luisi, creo que te has hecho un lío eso fue al principio del confinamiento y tuvo mucho que ver con el tema del día del padre. Dos meses en casa te hacen reflexionar y ahora lo mejor que puedo hacer es seguir mejorando mi inglés, refrescar conceptos contables y bucear en el mundo Internet a la vez que me pregunto si seré de esas afortunadas a las que el SEPE les ingrese parte de su dinero, porque es mío.

Además, he descubierto mi faceta más pirotécnica. El sábado casi explotó la cocina. La vitro no funcionaba y lo que hice fue meter la cafetera en el microondas, joder menuda idea, esto de estar encerrada atrofia las neuronas. En dos minutos, sin cafetera, sin microondas y sin vitrocerámica.

No puedo vivir sin café, no te imaginas que angustia. Nunca podré agradecerle a Amazon su rapidez y agilidad en los envíos. No bajan los precios pero nos hace felices.

(No sé por qué pero por un momento pensé que me ibas a hablar de Turrónes el Almendro: vuelve... a casa vuelve... vuelve a tu hogar...).

Kenzo me está ayudando mucho... (¿Platero y tú?...) No, «mi perro y yo»... (¿Pero no era tu poncho?...) Los paseos con él me permiten tomar aire para poder seguir con el amoniaco.

Por cierto, tengo buenas noticias. Por fin he podido comprar levadura, folios y post its. ¿Qué más le puedo pedir a la vida?

Sigo pasando mucho tiempo con Daniela, ella me está descubriendo (recordando) un mundo de sensaciones. Aprendiendo a estar sola; quiero viajar sola, bueno sola no, con grupos, con grupos donde no conozca a nadie, quiero tantas cosas...».

MORALEJA: nunca metas la cafetera en el microondas.

Marifé

«Se acerca el final o eso espero. En Asturias ya hemos cambiado de fase. En las terrazas van a tener que poner turnos para sentarse (como en la carnicería) y un tiempo limitado porque si no las colas van a ser eternas. Ojalá lo organicen bien, tenemos que volver a nuestra vida normal, ya.

Yo por mi parte ya he rehecho el planing para estos días, y bueno, además, de la zumba, he vuelto al kick boxing, yo no soy de yoga o pilates, uff... me pongo como una moto. Eso sí que me estresa.

(Sin comentarios...).

Algunas no sabemos relajarnos muy fácilmente. para eso prefiero mi cerveza o copa de vino y mi mega puzle de 6.000 piezas. Cada vez más grandes. Ya se sabe que a grandes males, grandes remedios.

(Quizás ahora te entienda mejor, ummmm...).

Ayer me dio por poner tacones y además de estar todo el día con ellos, incluso me atreví a salir a dar un buen paseo. Mis pobres pies aún siguen un poco desechos. Pero hay que volver a la vida normal y el tacón tiene que regresar, aunque no sea muy alto.

A partir de la semana que viene ya volvemos a diario al cole. Así que el día a día cada vez se acerca más, aunque sea a pasitos de caracol.

Mi cabeza es una pequeña batidora de sentimientos, creo que tendré que bajarle las revoluciones a ver si no termino mareándome».

MORALEJA: Burro grande, ande o no ande.

Tania

«No puedo más, la verdad. No tengo ni fuerza para levantarme (pues no lo hagas). Esto ya me supera.

Intento hacer deporte, dos veces al día, la idea es desconectar (¿con sentadillas y abdominales?) pero la monotonía me ahoga. Lo único que sí que hago es limpiar, cocinar y comer (¿te parece poco?).

Últimamente huyo de dietas, mojo en todas las salsas, las patatas fritas llegan a mi boca de cuatro en ocho (¿no era de cuatro en cuatro?) y el chocolate, ¿qué te voy a decir del chocolate?.

Luego ... remordimientos.

(¿Te sirven de algo? A mí no me dirigen la palabra desde la segunda semana del confinamiento).

Quiero que se vaya el bicho, ya. No veo fin y me estoy empezando a asustar. Me repito una y otra vez que es inútil vivir con miedo, pero mi cabeza va por libre. ¿Qué hago? (Más deporte Tania, más deporte). Vivo angustiada de forma continua y continuada. Ya ves, si hasta salir a la compra me produce estrés (¿a ti?).

Me canso de todo: hija, marido y WhatsApps.

Y lo peor de todo es que he perdido la confianza en los otros. No tengo claro que la gente se dé cuenta de que lo que estamos viviendo no es ninguna tontería. Ya verás cuando salgamos a la calle. Volveremos a empezar de nuevo.

Por lo demás, todo bien (me alegro rubia, empezaba a preocuparme).

Reincorporada al trabajo. Pensé que me iba a venir bien, pero ni de lejos. Llego a casa agobiada, cansada y con poca gracia .

Después los deberes con Julieta. Qué poco me gusta, nunca he tenido paciencia, no sé cómo enseñar a mi hija, a la mínima salto como una fiera.

Me acuerdo mucho de mi madre, ella siempre me ha dicho que soy como una bomba de relojería. Lo achaca a la genética, parece ser que heredé los puntos negativos más característicos de ella y de papá, si lo dice... será verdad.

(Cuidado, esto con inada sí que es una bomba. No heredamos puntos, en todo caso, imitamos comas).

NOTA DE LA AUTORA: es verdad que la vida es una tómbola aunque no seamos Romeo ni Julieta y el baúl de los recuerdos se haya cerrado.

Es verdad que Hawai y Bombay serán siempre un paraíso. Y que es posible soñar que eres aire mientras cortas un rosa y te cueles en la fiesta a pesar de que solo queden unos minutos para la cuenta atrás.

Es cierto que nos prometimos el mar, ¿cómo se me iba a olvidar?

Pero también es cierto que un día el Cadillac solitario arrancó para ir en busca de mil gaviotas y nunca regresó. Que cuando pudimos ir a Lisboa en tren de lujo, terminamos viajando en un tractor amarillo y que cuando te dije que te quiero gritaste Noeliaaaaaa...

Así están ELLAS, entre Eurovisión, la OTI y el festival de Benidorm, aunque cada vez estoy más segura de que encontrarán su canción.

CAPÍTULO 5.

**Arréglate mujer, se te hace tarde...
(Y llévate el paraguas, por si llueve...).**

NOTA DE LA AUTORA: continúan llegando noticias. Eso es lo único que no se ha parado desde que se hizo público el primer estado de alarma. Da la sensación de que hay mucho de improvisación y muy poca certeza. Estamos cansados (todos). Gestionar lo impredecible es complicado.

Los altibajos ya son más que evidentes (más kilos, más vino, más rabia, más nervios, más dudas...). A veces, puedo entrever que la sensación del «todo lo puedo» las lleva a estados de ensoñación donde se proyectan volviendo a la rutina. Buscan cotidianidad. Ya no quieren volar, solo caminar sobre tierra firme retornando a una normalidad que sienten que han infravalorado durante mucho tiempo.

Marife: *«No puedo decir que sea un día triste, pero sí un día raro. En algunos momentos enfadada con el mundo, en otros esperanzada con que a esta situación cada vez le quede menos. Tengo la sensación de vivir en el día de la marmota constantemente. Pero bueno, será cuestión hormonal, ya se sabe que los estrógenos son un tanto caprichosos.»*

Habrá que poner colores a los días tontos, que yo últimamente tengo muchos, será que dejo a la cabeza pensar con mucha libertad e incluso soñar demasiado. Hay que controlar los sueños no vaya a ser que te hagan perder la perspectiva de la realidad».

Conjugan continuamente el «echar de menos» y lo acompañan de complementos como «ir a trabajar», «salir al parque con los niños», «tomar un aperitivo con los amigos» o «la reunión de vecinos trimestral». El repartidor de Amazon se les antoja toda una experiencia, cuando de hablar con alguien se trata y ya no olvidan el paraguas en ningún sitio, se han dado cuenta que no llueve sobre mojado, y que no son inmunes al resfriado.

Dolo: *«Necesito esa rutina donde nunca me aburría. En mi vida siempre ha habido y siempre habr  imprevistos, anécdotas y un montón de historias que me construyen como soy.  nica y especial. Nada diferente al resto de las personas que habitan nuestro mundo. Porque si algo he aprendido en estos cuarenta años es a pensar que todos somos especiales y todos tenemos algo que contar».*

Tania: *«Echo de menos el tener que pensar la ropa que me voy a poner mañana, las pulseras que me mejor combinan con los colores de la camisa, los zapatos, el reloj...*

Tengo la costumbre de dejarlo todo preparado la noche antes. Con Julieta no tengo que pensarlo. El uniforme es un gran invento, pero

de igual modo, siempre lo dejo preparado junto con su mochila y el tentempié que se toma a media mañana.

No se me puede olvidar q el miércoles es el día de la fruta..., no sé..., echo de menos toda mi rutina. Levantarnos los tres juntos y empezar el día a la carrera, salir de casa a las 8:00, las tertulias con mis chicas del cole...»

En ciertas ocasiones parece que van y en otras que no vuelven. Contradicción. Extremos y mucha adrenalina. Suben y suben (son como un ascensor) y cuando bajan tocan fondo (el del mar, matarile, lire, lire) para volver a la superficie con el subidón propio de 30 minutos de cardio intenso.

Chabe: *«Madre mía, estoy fuera del ERTE. Por fin buenas noticias. Estoy contenta. No ha sido tan difícil, y lo mejor de todo es que cuando lo miro desde la distancia me doy cuenta que... ni tan malo. Con bichito o sin él y aunque parezca increíble he vuelto a reírme sin sentido, he vuelto a creer en las estrellas, he vuelto a pedir deseos y ahora ya solo espero que se cumplan».*

Cierto es que, a veces, da la sensación que ya no saben lo que echan de menos o de más ...

Pero también es cierto que justo ahora es cuando se dan cuenta que en todo aquello que aborrecían había más cosas buenas que malas.

Marifé: *«Seguro que te parece raro, pero una de las cosas que más me apetece, es coger un bocata e irme a la playa directa. Respirar aire puro. Sentir que nadie te mira.*

Ver a mis amigos, sentarme en una terraza y tomarme una caña, una botella de sidra, un vino, un café... lo que sea, pero al aire libre y con ellos».

Recuerdan más que avanzan, anhelan más que sufren, lloran más que ríen, pero confían.

Tania: *«Hoy es el cumple de Juli. Poco podemos hacer pero seguro que conseguimos que sea un día especial. Le hemos adornado la casa con globos y tuvimos visita sorpresa de güelita, que ya no se aguantaba, con mascarilla, güantes y una bolsa llena de regalos se presentó en casa por la mañana.*

Pasamos el día jugando. Lo mejor llegó a las 20:00, unos minutos antes de salir a aplaudir, oímos cantar el cumpleaños feliz en la calle y cuál sería nuestra sorpresa cuando salimos al balcón y vemos las ventanas adornadas con carteles que ponían ¡¡¡FELIZ CUMPLE JULIETA!, qué emocionante. No nos lo podíamos creer. Los vecinos le tenían o mejor dicho, nos tenían una sorpresa preparada. Estuvo genial, no hay palabras para agradecerlo. Julieta se sintió como una princesa y yo por un momento confié y creí».

Buscan su cámara, esa que les realza el perfil «bueno». Ocupan su tiempo. El COVID 19 ha dado sentido a la realidad

del momento presente, ha desvirtuado el tiempo pasado y ha exaltado el futuro inmediato.

Dolo: *«Saldremos, claro que saldremos, pero ya que no sé cómo ni cuándo, voy a hacerlo como una princesa: delgada.*

Corro 30 minutos todos los días en el jardín de mi casa, y si llueve en el salón, la cosa es que no me fatigo.

Tengo ya preparada la ropa para cuando se pueda hacer deporte fuera de casa, será la primera en llegar. Se acabó, tanta tontería. Esto tiene que servir para algo, si no puedes con el enemigo alíate a él. Todo tiene un lado positivo y aunque no acabo de encontrar cuál es el del COVID 19, lo encontraré.

No sé por qué dicen que esto nos está haciendo mejores personas, yo ya lo era antes de que llegara este virus. Es verdad que iba en coche a trabajar, pero nunca sobrepasaba el límite de velocidad».

Piensan que son débiles, y, sin embargo, no logran ver los fuertes que son. Han aprendido a reírse de ellas mismas:

Dolores: *«Y entonces digo ... venga voy hacer un listado de cosas que hacer cuando salga de aquí y en lo primero que pienso es en ir a depilarme y hacerme las uñas....me siento egoísta....pero es que para poder aparecer delante de familia y amigos lo necesito, sino pensarán que han visto a la mona Chita y que el encierro me ha sentado peor de lo que pensaba... ¡Dios, qué gilipollez te he escrito, ja, ja, ja».*

Tienen miedo pero continúan.

Irma: *«Vuelvo al principio, después de haber pasado por todos los estados de ánimo cuando se supone que tengo que ver la luz no la veo. ¿Para que quieren sacarnos de casa tan pronto? No quiero. He acabado haciendo una burbuja en mi casa, y no quiero salir. Estoy asustada.*

La vuelta a la normalidad me paraliza. No sé cómo explicarlo. Creo que me protejo».

Priorizan a los suyos por encima de cualquier cosa (esto no es nuevo) y siguen haciendo lo que se espera de las mujeres (arriba el feminismo), sentirse culpables.

Irma: *«No los echo de menos, porque sé que están ahí y el teléfono existe. Echo de menos la rutina. Correr, el cole, abrir la tienda y los 20 minutos de mi café por la mañana. Sola o acompañada. Es mi momento de solucionar el mundo y me lo han quitado. Quisiera seguir haciendo lo mismo cuando esto termine. Necesito ¿soledad?, pero de esto mejor que nadie se entere.*

Quiero irme sola, leer un libro, ir a la playa...».

Mamás entregadas a la causa, mujeres que en algunos casos aguardan impacientes a sus maridos aunque solo sea para desinfectarles con un «flus flus» casero hecho a base de amoniaco, hijas que observan con detenimiento la evolución de unos padres aquejados de bronquitis y otras patologías

que pueden suponer riesgos, tragándose (literalmente) su angustia, autónomas que no saben si podrán pagar sus facturas, hermanas que ven a sus hermanos en primera línea de fuego o de virus (¿por qué no llamarle por su nombre?) y amigas... amigas que están en la distancia, pero que se unen para poder hablar de lo «prohibido».

Chabe: *«Dolo y Tania son las que realmente respetan mis silencios. Mari, mi Mari. Ella pone cabeza a mis idas, que no venidas. Qué complicado es tener de ex marido al presidente de la NASA. Todas están ahí, espero que ELLAS tengan claro que yo también. Con ellas sí que me siento libre».*

Aún piensan que son las culpables de que Adán se comiera la manzana (la naranja, la mandarina, las fresas y las uvas), toda la vida lo han hecho y ahora se ven rodeadas, cercadas por sus propios temores. Porque de repente todo ha alcanzado tal grado de intensidad que lo pequeño se hace mínimo y lo grande eterno.

Dolo: *«Estar en casa me genera ansiedad, no poder hacer nada productivo. Me quedo mirando al infinito mientras mis hijos juegan y Lola me pregunta que dónde estoy, y realmente no lo sé ni yo.*

Pienso que podría ayudar a toda esa gente que está sola en las residencias, no hacen más que llegarme whatsapps solicitando de personal para miles de cosas, pero no puedo o ¿es una excusa y realmente no quiero? Tampoco lo sé.

Lo que sí sé es que esto parecía más fácil y está resultando ser una mierda, Y yo sigo aquí, encerrada... sin pisar la calle, sin caminar dándome el aire en la cara, sin coger mi coche y ver a mis compañeros de trabajo.

Sin llegar a mis clases de zumba quejándome de la cansada que estoy, sin escuchar el despertador y gritar cinco minutos más por favor. Y lo peor de todo sin sentirme yo misma.

Soy madre 24 horas. Limpiadora 24 horas, esposa durante unas horas y ya....

Y vuelve la culpa, la culpa de no haber jugado más con mis niños y eso que no he parado, de no haber disfrutado de estar sana y de que todos estén sanos....por lo menos ya no me obsesiona el Lexatín, parece que esas pastillas de hierbas funcionan, bueno la verdad es que yo siempre me tomo las cosas con fe y esa fe hace que todo funcione en mi organismo».

Ellas no lo saben, pero van superando fases y sin darse cuenta resuelven conflictos. Relativizan y se animan. Valoran lo que tienen de otra manera, en su justa medida. Ya no hay héroes ni ganadores ni vencedores. Hay personas.

Marifé: *«Hoy sólo apetece día de sofá y manta, pero no, hay que espabilar. Toca café, o mejor una cervocita a las siete con MIS amigas del alma. Hoy significa un día menos de encierro, o lo que es lo mismo un día más de aire puro»*

Tania: «Los días pasan entre papeles por la mañana, deberes por la tarde, sin olvidarnos de hacer un poco de deporte, comer unas pocas galletas de chocolate, más bien muchas y vuelta a sonar el despertador. Llega el fin de semana y ya casi nos acostumbramos a no poder salir, a tomar unos culetes en casa y aprender a cocinar nosotros la lubina a la espalda. Cuando acabe el confinamiento, mi marido se podría presentar a Master Chef, ji, ji, ji».

Chabe: *«Joder gracias a este puto bicho me he dado cuenta de muchas cosas; el tiempo cura las heridas, la autoestima puede recuperarse, el mundo puede comerse después de los 40 y que las pelis lacrimógenas cuando te va a venir la regla no son una buena idea».*

Todavía hay un resquicio de remordimiento por no hacer las cosas mejor. No sé si es que quieren alcanzar la perfección sin saber que no existe y que si existiera sería otro virus letal del que quizás ni una cuarentena nos pudiera salvar.

Dolo: *«¿Qué tengo que hacer?, pintarme los labios, reírme, jugar con mis hijos. No quiero, yo quiero llorar, llorar mucho, quiero gritar, gritar mucho. Pero como siempre eso no lo puedo hacer, tengo que mostrar mi sonrisa y decir que todo esta bien, pero no lo está. ¿Volverá a ser la vida como antes? Quién lo sabe».*

No es necesario llegar a todo, solo es necesario vivir lo que te toca desde la seguridad de que estás donde quieres estar.

Y yo se que ELLAS en cada uno de sus pasos se reafirman en lo que son: 5 MUJERES.

Chabe: *«Son ellas, son mis amigas. Cuando una tiene un bajón ahí está el resto para rescatarla incluso después de los 40, en cuarentena o sin ella, siempre juntas, siempre sujetándonos, siempre queriéndonos y también discutiendo.*

No hay parejas perfectas, no hay amigas perfectas, por eso nosotras seguimos aquí, porque somos súper imperfectas, eso nos encanta y porque cuando todo se pone feo alguna aparece para hacerlo más bonito, y si no podemos lograrlo nos emborrachamos, siempre tenemos un plan B».

Marife: *«Llegó la siguiente fase y lo primero que he hecho es auto-regalarme unas botas. Comprar botas siempre me lleva a la adolescencia, cuando vivía pegada a las militares y mi padre se partía de la risa viéndome con esas pintas. Qué tiempos.*

Ay, lo que me «prestó» poder ver a Irma y charlar aunque fuese cinco minutos con ella cara a cara. La semana que viene con un poco de suerte podemos vernos delante de una botella de sidra.

Las echo tanto de menos...»

Vacaciones en Roma.
(A ti también te quiero, Gregory).

REFLEXIONES EN VOZ ALTA

Y se acabó o quizás nunca había empezado. La paradoja de lo circular me persigue. Siempre me gusta volver al principio, supongo que es la máxima de la pertenencia. En el origen suele estar la causa, en el origen suele estar lo familiar, en el origen siempre hay esperanza, porque al final el origen siempre es sinónimo de hogar.

Me gusta pensar que soy quien comencé a ser. Que por el camino no he perdido la esencia y que solo he ganado experiencia. Que mi capacidad de aprender me ha construido pero en ningún caso me ha convertido. Me gusta pensar...

Y ahora solo pienso en ELLAS. Su figura me despierta. Me provoca una ternura inusual y me transmite la fuerza del que quiere llegar y llega.

Me revelaron sus sueños, sus preocupaciones, sus alegrías y tristezas, todo lo que eran poco a poco me lo dejaron ver. Se desnudaron y me dieron algo que nunca podré llegar a agradecer. Me entregaron sus miedos y con ellos su corazón.

Jugamos a ser niñas. Las veía en la distancia, como quien ve jugar a su hermana pequeña en el patio del colegio. Las dibujé con trenzas, con acné y con el vestido de novia. Las imaginé en sus trabajos, en su rutina y en mi memoria.

El largo plazo tomó sentido a través de mis letras. Las conocía, eso ya lo sabía, pero la sorpresa vino de la mano de la improvisación.

Nada se les quedaba pequeño, pero tampoco grande. Taparon los momentos difíciles con pequeños momentos fáciles. Rompieron a llorar cuando no podían más y se rieron a carcajadas hasta de una sombra que no se proyectaba porque no había luz.

Las cinco son una, con sus matices, con sus colores, con sus manías y con sus sinsabores.

Se entremezclan, se odian y se quieren, se necesitan desde lo más profundo de su ser, se necesitan desde el amor más profundo, desde la lealtad más humana, desde la cordura menos cuerda y desde la locura más maravillosa.

He aprendido. He aprendido a echar de menos lo que no tengo, porque yo soy parte de ELLAS, pero nunca seré como ELLAS.

Desde niñas y para siempre. En Madrid y en Asturias. En un banco, una inmobiliaria, un colegio o una zapatería. En

una boda, un bautizo o un funeral. En lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad.

Bebieron y bailaron. Despertaron y se durmieron. Pero nunca, nunca, nunca se abandonaron ni se rindieron.

Daba iba igual lo que pasara, lo que dijera o lo que escribiera. La una parecía la continuación de la otra. Se entrelazan las conversaciones. Y en ese momento, justo en ese momento, giraba la mirada, y las veía, las intuía, porque de nuevo eran ELLAS.

Esta no es la historia de un confinamiento, es la historia de una amistad, que pase lo que pase siempre estará. Es la historia de cinco mujeres que quisieron no vivir, pero que la vida las obligó a sentarse y sentir.

La soledad del momento a pesar del ruido de los niños, los maridos, las mamás o los hermanos, no pudieron impedir que se enfrentaran a lo que tienen para poder sobrevivir.

Y salieron airoosas, reforzadas y convencidas de que habían llegado y vencido, porque lo que un día imaginaron se había hecho realidad. Habían alcanzado la plenitud y la madurez, y lo más importante, lo habían hecho juntas, como un día prometieron sin testigos y sin palabras más allá de las que sus miradas pudieron pronunciar.

LUISA FANTUL

ELLAS

LUISA FAVILA

ELLAS



ELLAS es la crónica de 5 mujeres que tras la resistencia inicial a cumplir los 40 años, y después de haber sido fieles a todos los estereotipos socialmente impuestos, se enfrentan a la "silla de pensar" sin la posibilidad de levantarse (uno, dos... Freddy está en tus sueños).

Al más estilo Buñuel ("El Ángel exterminador"), las mujeres de este relato se sumergen en una actividad frenética tras ser confinadas en sus casas por un estado de alarma que nada tiene que ver con compañías de teléfono que pasan dos veces la factura, niños que se marean en el coche de camino al colegio, finales de mes que parecen finales de siglo, maridos *runners* que tienen más zapatillas de correr que ellas zapatos y básculas que nunca dicen la verdad.

Son mujeres que de alguna manera vieron cumplidos todos sus anhelos en apenas 24 horas.

¿Quién dijo que no se podía tener todo?

ISBN: 978-84-17839-80-2



9 788417 839802

editorial
ringo *orange*
www.ringorange.com